MI HERMANA GENOVEVA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE LOS SEÑORES

Don José Juan Cadenas

Y

Don Enrique F. Gutiérrez-Roig

Copyright by, J. Juan Cadenas y F. Gutiérrez-Roig

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
1928

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia

MI HERMANA GENOVEVA

Este ejemplar, impreso exclusivamente para el servicio de los teatros, se vende al precio de tres pesetas.

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege et la Hollande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MI HERMANA GENOVEVA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE LOS SEÑORES

Don José Juan Cadenas

Y

Don Enrique F. Gutiérrez-Roig

Estrenada en el Teatro de la Reina Victoria, de Madrid, el día 26 de Octubre de 1928

COPYRIGHT BY, J. JUAN CADENAS Y E. F. GUTIÉRREZ-ROIG

1928
GRAFICA LITERARIA
VIRTUDES, 19. TEL. 36160
MADRID

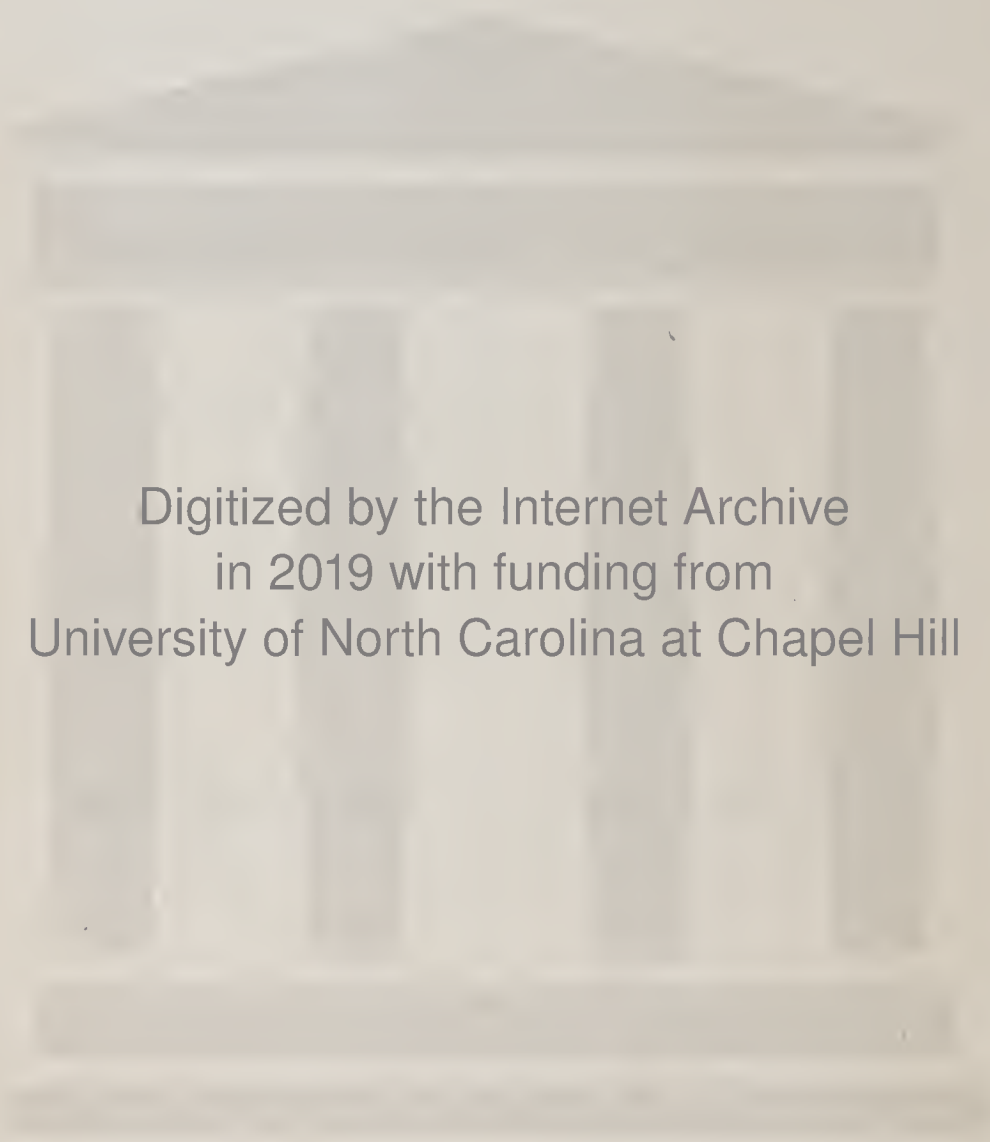
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Irene, Marquesa de Pilaf	Josefina Díaz de Artigas.
Enriqueta	Rosa Díaz Jimeno.
Irma	Natividad de los Ríos.
El Conde de Laval	Santiago Artigas.
Rogelio Fleuriot	Manuel Díaz González.
Filosel	Fulgencio Nogueras.
El Marqués de Obiñoy	Rafael Ragel.
Un Cliente	Octavio Castellanos.
Benjamín	José Trescolí.
Alfonso	Aniceto Alemán.

Epoca actual. La acción de los actos primero y tercero, en Paris; la del segundo, en Nancy. Derecha e izquierda, la del artista.

Apuntaron esta comedia, JOAQUIN LLACER y JAIME ROSA

720642



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mihermanagenovev00berr

ACTO PRIMERO

La biblioteca del hotel particular de la Marquesa de Pilaf, en París.

Es una habitación enteramente circular. Desde el suelo hasta los techos, estanterías llenas de libros. Más libros, en montones, por el suelo. Una escalera portátil sirve para alcanzar a los estantes superiores. Mesa grande y mesitas con más libros. En la mesa grande, habrá recado de escribir y teléfono.

Puertas al foro, a la izquierda y a la derecha.

Son las cinco de la tarde del último día de Septiembre.

ESCENA PRIMERA

ROGELIO, *solo. Después,* BENJAMIN; *luego,* ENRIQUETA

(Al levantarse el telón, está ROGELIO *solo en escena, subido en lo alto de la escalera, clasificando los volúmenes silenciosamente. Entra* BENJAMIN.*)*

BEN. La señora Marquesa pregunta si necesita usted algo...

ROG. No, Benjamín... Es decir, sí necesito. Hace dos horas que estoy buscando el segundo tomo de «Las Confesiones», y no le encuentro...

BEN. ¿«Las Confesiones»?...

ROG. Sí... Un libro como éste...

BEN. ¡Cualquiera sabe dónde está! Entre tantos libros... Le repito que la señora Marquesa desea saber si se encuentra usted bien aquí.

ROG. Es muy amable la señora Marquesa... La verdad es que trago mucho polvo; pero, ¿qué le voy a hacer?

BEN. ¿Quiere usted que encienda?

ROG. No, muchas gracias. Veo bien todavía...

BEN. Como usted guste... *(Vase* BENJAMIN *por la izquierda.)*

ROG. *(Prosigue su trabajo silencioso: tomando notas, etc.)* Veremos si sale por aquí ese tomo segundo; sería una lástima que se hubiese extraviado, porque es una edición espléndida...

ENR. *(Entrando por la izquierda.)* ¿Busca usted este libro?... Me lo ha dicho el criado.

ROG. ¿Son «Las Confesiones»?

ENR. Justamente. Le estaba leyendo...

ROG. Usted es la única capaz de leer en esta casa... Hubiera sentido que se extraviara, porque es una hermosa edición...

ENR. *(Dando luz.)* Pero si está usted a oscuras...

ROG. Gracias... ¡Qué hermosa biblioteca! ¿Y para qué tanto libro, cuando no se tiene afición a la lectura? Porque el desorden que aquí reina, demuestra que no se coge nunca un libro...

ENR. Es probable... La biblioteca pertenecía al marido de la Marquesa, que la heredó de un tío suyo, que era pariente de Chateaubriand...

ROG. ¡He oído decir que vuelve a casarse la Marquesa!

ENR. Sí... Con el Conde de Laval.

ROG. Puede que a ese le gusten los libros. No le he visto aquí nunca...

ENR. Está en Niza preparando el palacio que regala a la señora.

ROG. Aquí todos son millonarios.

ENR. La Marquesa heredó de su marido veinte millones, y el Conde es mucho más rico que ella...

ROG. Hay que ver el lujo que hay aquí. Pero diga usted... Puesto que esta gente no lee, ¿por qué me han llamado para clasificar la biblioteca?

ENR. Un capricho... Antes de volver a casarse la Marquesa, ha querido poner todas sus cosas en orden.

ROG. Como se hace antes de morir... Tiene razón... Casarse, es morir un poco...

ENR. La Marquesa es muy amable con usted...

ROG. Sí... Es decir... Depende... Hay días en que está muy cariñosa... Otros, me habla con una dureza... La Marquesa me hace el mismo efecto que su biblioteca... Está un poquito desordenada... ¿Y usted está a gusto en esta casa?

ENR. Me tratan muy bien... Llevo todo el peso de la casa, y soy algo así como la Secretaria íntima de la Marquesa.

ROG. Lo celebro, porque usted podría hacerme un favor...

ENR. Usted dirá...

ROG. Verá usted... Yo he entrado en esta casa porque me recomendó el señor Rolan, mi editor.

ENR. ¡Ah! ¿Pero usted escribe libros?

ROG. Todavía, no... Estoy preparando notas para un volúmen sobre los «Amores del Cardenal de Richelieu». El señor Rolan lo editará...

ENR. ¿Me leerá usted algún capítulo de su libro?

ROG. Con mil amores... Por ahora, no tengo hecho más que el índice... Pero volvamos a lo que me interesa... Entre la señora Marquesa y yo, quedó convenido que por el arreglo y clasificación de la biblioteca, me daría cinco mil francos.

ENR. Muy bien...

ROG. Sí, sí... Pero es el caso, que yo acepté creyendo que en ocho días terminaría el trabajo... ¡Y fíjese!... Esto estaba tan desordenado, que han pasado los días y no he podido concluir.

ENR. ¿Y qué?

ROG. Que no puedo terminar... Que es imposible.

ENR. ¿Pero y porqué?

ROG. Porque me tengo que marchar esta noche... Soy catedrático suplente, y me han destinado al Instituto de Nancy. Pasado mañana empieza el curso. No podré estar aquí más que hasta las siete

de esta tarde, porque he de marcharme en el tren de las ocho cincuenta.

ENR. Se preocupa usted por poca cosa... Claro que debió usted avisar a la Marquesa con más anticipación... Pero, en fin, yo lo arreglaré... Y tendrá usted sus cinco mil francos completos...

ROG. Es usted muy buena y muy simpática.

ENR. Nancy, es una bonita ciudad, ¿verdad?

ROG. No lo sé... No he ido nunca.

ENR. ¿Y el tren, sale a las ocho?

ROG. A las ocho cincuenta

ENR. Pues voy a decírselo a la señora..., y de paso le traeré a usted el cheque.

ROG. Un millón de gracias...

ENR. De nada... Los pobres debemos ayudarnos los unos a los otros... Vuelvo en seguida. (*Vase* ENRIQUETA.)

ESCENA II

ROGELIO, *solo*; *luego*, IRENE; *después*, *el* CONDE DE LAVAL.

ROG. Es muy simpática esta Secretaria. Y muy inteligente... ¡Vaya!... Al irme, ya no veré más a la Marquesa... Es una mujer que me da miedo... ¡Qué tontería! Porque como guapa, habrá pocas tan hermosas como ella... En fin, me daré prisa... (*Sigue clasificando obras. Coge una pila de libros. Leyendo.)* Michelet... Michelet... Michelet... ¡Cuidado que ha escrito este hombre!... ¿Para qué escribiría tanto...? *(Manejando el paquete de libros con dificultad.)*

IRE. (*Entrando por la izquierda.)* Pero ¿qué me ha dicho Enriqueta? ¿Se va usted esta noche?...

ROG. *(Con la pila de libros.)* Señora Marquesa...

IRE. ¡Conteste usted, hombre! ¿Es verdad? ¿Se va usted?

ROG. Sí, señora...

IRE. *(Furiosa.)* ¡Oh! *(Rogelio, asustado, deja caer toda la pila de libros, que se desparraman por el suelo.)* ¡Eso

es! ¡Rómpalo usted todo ahora! ¿Y a eso le llama usted arreglar la biblioteca?

ROG. Perdone usted, señora... Es que me ha asustado usted... (*Se pone de rodillas a recoger los libros.*)

IRE. Pero ¿se puede saber a qué obedece esa resolución tan brusca?

ROG. No, si no es brusca ¡No señora!... La inauguración del curso es el día primero.

IRE. Debió usted prevenirme...

ROG. Es verdad, pero yo creí que podría concluir el trabajo en ocho días...

IRE. Entonces, ¿mañana comienzan las clases?

ROG. Pasado mañana... El día dos... Pero es preciso que yo esté en Nancy el día primero, lo más tarde...

IRE. ¿Por qué?

ROG. Tengo que instalarme, buscar alojamiento, hacer las visitas a los jefes...

IRE. Eso es, y me deja usted plantada y todo está empantanado.

ROG. Si quiere usted, ahora mismo voy a ver a mi editor..., el librero que me recomendó... El podrá enviar a usted otra persona para terminar lo poco que falta.

IRE. ¿Otra persona? ¿No sería más sencillo que se quedara usted unos días más? Escriba usted a sus jefes diciéndoles que está enfermo...

ROG. Imposible, señora. Es preciso que salga esta noche.

IRE. Está bien. (*Entra* ALFONSO *por el foro.*)

ALF. El señor Conde de Laval.

IRE. El Conde. Pero ¿ha vuelto?

LAV. (*Entra por el foro. La besa la mano.*) ¿Cómo? Que si he vuelto? Pero ¿no lee usted mis cartas?

IRE. ¡Claro que las leo!... Precisamente recibí una ayer tarde... ¿De modo, que ha regresado usted hoy de Niza? ¿Qué?... ¿Hace buen tiempo por allí?

LAV. Llueve a torrentes...

IRE. Presentaré a ustedes... El señor Fleriot... El Conde de Laval...

LAV. *(Distraidamente.)* Caballero...

ROG. Tengo mucho gusto, señor Conde... *(A Irene.)* Si la parece a usted, señora, iré a ver al librero.., y luego seguiré arreglando estos estantes para adelantar el trabajo...

IRE. Eso es, sí... Pero vuelva usted, vuelva usted en seguida.

ROG. ¡Oh! Al momento... ¡Señora! ¡Señor Conde...! *(Vase* ROGELIO *por la derecha.)*

ESCENA III

IRENE *y* LAVAL

LAV. ¿Quién es este joven tan encogido?

IRE. Es un profesor del Instituto de Nancy...

LAV. *(Sonriendo.)* ¿Un profesor? ¿Va usted a estudiar ahora?

IRE. ¡No se trata de eso! Usted mismo me ha dicho que mi biblioteca estaba muy desordenada... Pedí a mi librero que me enviase a alguienpara arreglarla, y me recomendó a este joven...

LAV. ¡Es usted fantástica! Para ordenar una biblioteca, trae usted un catedrático... Cuando salte un plomo de la luz, llamará usted a un ingeniero...

IRE. ¡Ah! ¿Sí? ¿Se burla usted de mí? No está mal...

LAV. ¡Fantástica! ¡Fantástica!

IRE. Fantástica, ¿por qué?

LAV. No sé; pero... me parece que me recibe usted de un modo... Se le había olvidado a usted que yo venía hoy... Llego, y ni siquiera me pregunta usted qué tal viaje he hecho...

IRE. Es verdad... ¿Qué tal viaje ha hecho usted?

LAV. ¡Estupendo! El Hispano debía tener alas... He salido de Lyón a las siete y media... A las cinco y cuarto me metía en el baño en mi casa.

IRE. Pues me parece una imprudencia.

LAV. ¿Tomar un baño a las cinco?

IRE. No... Hacer esas velocidades...

LAV. Deseaba verla a usted. Llevaba doce días ausente...

IRE. ¿Doce días? ¡Oh!

LAV. ¿No me pregunta usted por nuestro hotel..., ni si adelantan los trabajos?...

IRE. ¡Si no me da usted tiempo...! Vamos a ver... Háblemе usted de nuestro futuro hotel... ¿Qué? ¿Adelantan las obras?

LAV. Están casi terminadas... Dentro de quince días.., todo estará dispuesto ya para recibirnos... Creo que la gustará a usted mucho... El jardín, sobre todo, es un campo de mimosas... ¡Precioso! ¡Ah! ¡Cuando esté usted allí! ¿Cuándo estará usted allí?

IRE. ¡Hombre! ¡Qué cosas tiene usted! Si nos casamos..., cuando nos casemos...

LAV. Sí, sí... Ya lo sé... Cuando nos casemos..., ¡claro! Pero... ¿cuándo nos casamos?

IRE. ¡Ah! Eso sí que no lo sé...

LAV. Me había usted prometido que a mi regreso fijaríamos la fecha... Que, durante mi ausencia, pensaría usted seriamente en ello... ¿Ha pensado usted otra cosa?

IRE. No pienso más que en eso...

LAV. Entonces, la cosa es más complicada... Si no piensa usted más que en eso, y no me da usted una respuesta, resulta que es lo mismo que si no pensara usted en ello.

IRE. Si va usted a analizar así el sentido de mis palabras, no abriré la boca... ¿Dónde cena usted esta noche?

LAV. Con usted..., si está usted libre...

IRE. No estoy libre, pero cenará usted conmigo de todas maneras. Tengo invitado al Conde de Kreur, el Ministro de negocios Extranjeros de Dinamarca, que era íntimo amigo de mi difunto

esposo, y está pasando unos días aquí... La semana próxima va a Ginebra, como todos los ministros de negocios Extranjeros. Venga usted a cenar con nosotros también...

LAV. Acepto con mucho gusto.

IRE. Pues hasta luego.

LAV. ¿Cómo? ¿Me despide usted?

IRE. Supongo que tendrá usted que ir a vestirse...

LAV. ¿A qué hora es la cena?

IRE. A las ocho.

LAV. Si son las seis...

IRE. No importa... Yo tengo mucho que hacer.

LAV. ¡Ah!

IRE. Sí. Tengo a la modista abajo..., en el gabinete.. Hay allí tres oficialas que me esperan. Seguiremos hablando esta noche..., cuando se vayan los invitados...

LAV. ¿Esta noche? Bueno.

IRE. Me gustará mucho que charlemos juntos. Le he echado a usted de menos estos días que ha estado usted fuera... Me parece que se lo he dicho a usted en una postal... ¿Se acuerda? Bueno... Hasta luego. (*Vase* IRENE *por la izquierda.*)

ESCENA IV

LAVAL, *solo; después,* BENJAMIN

LAV. Es extraño. No es la misma. Yo dejé una mujer... y encuentro otra. No me ha dicho una sola de esas cosas naturales que se dicen a un hombre qne es un poco más que novio y algo menos que marido... Después de doce días de separación... ¿Qué habrá pasado en estos doce días...? *(A Benjamín.)* Hola, Benjamín.

BEN. *(Que entra por la izquierda.)* ¡Señor Conde! ¿El señor ha hecho bien el viaje? Tiene muy buen aspecto el señor Conde...

LAV. Sí.

BEN. El señor Conde alegra mucho esta casa con su presencia... Cuando el señor se ausenta..., qué sé yo... Parece que nos falta algo... a todos...

LAV. (Esto está bien... Estas eran las frases que yo esperaba oír... Claro, que resulta molesto que sea un criado el que las diga...)

BEN. ¿El señor Conde ha visto ya a la señora?

LAV. Sí, sí...

BEN. ¿La señora Marquesa se habrá puesto muy contenta al verle?

LAV. No tanto como usted; pero sí..., contenta... ¿Diga usted, Benjamín?

BEN. Señor Conde...

LAV. Durante mi ausencia, ¿ha estado enferma la señora?

BEN. ¿Enferma? No, señor... Ha hecho su vida de siempre.

LAV. ¿Ha recibido muchas visitas?

BEN. Las de costumbre...

LAV. ¿No ha venido ninguna cara nueva?

BEN. No recuerdo... La otra tarde tuvimos un té muy divertido... Había unas treinta personas... ¡Ah!... Y el señor Biscornet, naturalmente...

LAV. Naturalmente... ¿Por qué naturalmente?

BEN. Porque el señor Biscornet, viene siempre a todas las reuniones de la casa...

LAV. Biscornet... Sí... Es verdad...

BEN. Creo que va a estrenar ahora una ópera en Monte-Carlo. Una tarde de la semana pasada llegó, se sentó al piano, y estuvo tres horas tocando. Nosotros escuchamos detrás de las puertas... Nos gustó bastante la música.

LAV. ¿Y había mucha gente oyéndole?

BEN. Estaba la señora Marquesa sola... De vez en cuando, le aplaudía... Estaba muy entusiasmada.

LAV. ¿Y ha vuelto después el señor Biscornet?

BEN. No, no... Se ha ido a Monte-Carlo... Se estrena su ópera uno de estos días...

LAV. Está bien... Muchas gracias... (*Vase* BENJAMIN *por el foro.*)

ESCENA V

LAVAL *y el* MARQUES

MAR. *(Por la izquierda.)* ¡Hola, futuro yerno! ¿Ya estamos de vuelta? ¡Viene usted magnífico!

LAV. ¿Ve usted?... Usted también me dice cosas agradables... Todo el mundo me dice aquí cosas agradables, menos su hija...

MAR. ¿Mi hija? ¿No se ha mostrado amable con usted?

LAV. La he encontrado un poco... desconcertante .. Me ha parecido distraída..., preocupada...

MAR. Naturalmente... Una mujer enamorada...

LAV. ¡Ah! Pero ¿está enamorada?

MAR. ¡Hombre!

LAV. ¿De quién?

MAR. ¡De usted!

LAV. ¿Está usted seguro?

MAR. Acabo de dejarla ahora mismo... Cuando entré en su gabinete, la encontré tendida sobre la «chaisse-longue», con un libro en la mano y mirando distraidamente por el balcón...

LAV. ¡Ah! Pero ¿está sola en su gabinete?

MAR. Completamente sola.

LAV. ¿No está rodeada de tres oficialas que la prueban unos vestidos?

MAR. Yo no he visto ni oficialas, ni vestidos.

LAV. Pues entonces..., esto es más grave de lo que yo creía.

MAR. ¿Grave? ¿Qué es lo que es grave? ¿Se puede saber?

LAV. Verá usted... Pretextando que la esperaban tres modistas, su hija me ha dejado en esta biblioteca, y ha ido a encerrarse sola en su gabinete... Y to-

davía asegura usted que está enamorada de mí...

MAR. Es que yo ignoraba ese detalle.

LAV. Diga usted, Marqués... ¿Qué opinión tiene usted de Biscornet?

MAR. ¿Qué Biscornet? ¿El músico?

LAV. Sí.

MAR. Dicen que tiene talento... Creo que escribe óperas.

LAV. Ya lo sé... Ha estado dando a conocer una aquí.

MAR. ¿Una ópera aquí? Pues no me han invitado a oírla.

LAV. No se invitó a nadie... Fué una audición de la ópera a dúo... Biscornet en el piano, y su hija de usted en una butaca... Creo que aplaudía encantada.

MAR. ¡Hola! ¡Hola! ¿Qué sospechábamos antes? ¿Que mi hija pudiera estar enamorada? ¡A lo mejor se ha enamorado de Biscornet!

LAV. Eso es justamente lo que yo estoy pensando. *(Toca el timbre.)*

MAR. ¿Por qué llama usted?

LAV. Porque necesito ver inmediatamente a Irene. *(A* ALFONSO, *que entra por el foro.)* Haga usted el favor de preguntar a la señora si puede concederme cinco minutos... Está en su gabinete.

ALF. Sí, señor Conde. (*Vase* ALFONSO *por la izquierda.*)

MAR. Me parece muy poco hábil eso que hace usted.

LAV. ¿Por qué?

MAR. Está usted descontento... Va usted a decirle alguna frase molesta ..

LAV. Esté usté tranquilo, Marqués... Yo soy un filósofo que sabe cómo debe tratar a la humanidad y cómo hay que adaptarse a las circunstancias. (*Entra* IRENE *por la izquierda.)*

ESCENA VI

DICHOS *e* IRENE

IRE. Pero ¿qué novedades son estas de pedirme audiencia por medio de un criado?

LAV. Es que temía interrumpir la prueba de las modistas... ¿Qué? ¿Es lindo el vestido? ¿Está usted satisfecha?

IRE. ¡Ah! ¿Sí? (*Al Marqués.*) Vamos... Le has dicho tú que estaba sola, ¿verdad?

MAR. Como no me encargaste el secreto...

IRE. No tiene importancia... Es lo mismo... (*A Laval.*) ¿Quiere usted hablarme?

LAV. Precisamente...

MAR. Presumo que va a comenzar una escena, y a mí me horrorizan las escenas... Me retiro. ¡Que se peleen ustedes bien! Vendré lo más pronto posible para asistir a la reconciliación. (*Vase el* MARQUÉS *por la derecha.*)

ESCENA VII

IRENE *y* LAVAL

LAV. Sí, sí... Me parece que la reconciliación... Vamos a ver, Irene, ¿qué es lo que sucede? *(Pausa.)* Vuelvo al cabo de ocho días de ausencia, apenas me dirige usted la palabra y se marcha inventando un pretexto para encerrarse a solas en su habitación... *(Pausa.)* ¡Oh! A mí puede usted hablarme claro... Yo la quiero a usted, no sé si con pasión, pero sí con seguridad... Es decir, que tengo la certeza de que la quiero a usted, y cuando un hombre como yo, adquiere esa seguridad, lo demás no cuenta... Pase lo que pase, usted se casará conmigo... Usted volverá a mí, aunque parezca alejarse momentáneamente... Quiere esto decir, que yo estoy seguro de la victoria final; pero de todas maneras, quisiera saber contra quién o contra qué tengo que luchar...

IRE. ¿Quiere usted saberlo?

LAV. Por lo visto, Biscornet.

IRÉ. ¿Biscornet? ¿Qué le pasa a Biscornet?

LAV. ¿Se ha enamorado usted de él?

IRE. ¿Yo? ¡Pero usted está loco!

LAV. No disimule. Ha venido aquí... Usted ha escuchado su ópera desde el principio hasta el fin... Esa es una tortura que sólo puede resistir una mujer enamorada...

IRE. ¡Ah! ¿Se dedica usted a vigilarme?

LAV. Porque no quiero vigilarla, es por lo que solicito de usted esta explicación.

IRE. Pues, sí, señor... He escuchado la ópera de Biscornet, y la he escuchado por espacio de tres horas... Pero esto no quiere decir que yo me haya enamorado de Biscornet.

LAV. Entonces, ¿es que la música es bonita?

IRE. Nada de eso... Es que, mientras él tocaba el piano, yo podía pensar en otra cosa...

LAV. Como hacía usted hace un momento..., tendida en la «chaisse-longue» con un libro abierto sobre las rodillas... Piensa usted... Piensa usted... Pero ¿en qué piensa usted?

IRE. *(Después de una pausa.)* Amigo mío... ¿Ha observado usted que existen hombres superiores, aunque pobres, dignos de que una mujer se enamore de ellos?

LAV. No digo que no... ¿Y es en uno de esos hombres en quien usted piensa?

IRE. Sí.

LAV. *(Sonriendo.)* ¿Y dónde ha encontrado usted esa alhaja.

IRE. En ninguna parte. Ha venido aquí, naturalmente... ¡La fatalidad!

LAV. ¿Le conozco yo?

IRE. Sí

LAV. ¿Desde hace mucho tiempo?

IRE. Desde hace un cuarto de hora.

LAV. ¿Es...? ¿Es ese joven tímido que estaba arreglando la biblioteca?

IRE. Es un hombre excepcional... ¡Oh! Yo no lo supe apreciar el primer día cuando se presentó. Me

pareció, como a usted, insignificante. Después..., un día..., yo estaba ahí, en esa habitación. Le oí hablar con Enriqueta..., y aquello fué para mí una revelación... Si le hubiera usted oído... Hablaba de ciencia, de literatura, de política, de arte, de filosofía.

LAV. ¡Un pedante!

IRE. Nada de eso. Es el hombre más sencillo y de menos pretensiones... Le descubrí en seguida. Al día siguiente vine aquí, fingí interesarme en sus trabajos, le hice diversas preguntas, y me contestó de un modo que, realmente, me emocionó.

LAV. *(Burlón.)* ¡Hola!

IRE. ¿Qué quiere usted? Desde que estoy en el mundo, no he frecuentado más que gentes como mi padre, como mi difunto marido y como usted...

LAV. Que somos unos imbéciles...

IRE. No... Pero son ustedes unos ignorantes... Correctos, elegantes, distinguidos, espirituales..., pero muy poco instruídos.

LAV. Muchas gracias.

IRE. Estoy hablando en serio. Fuera de nuestro ambiente, créalo usted, hay luces que brillan, inteligencias superiores.

LAV. ¡Qué buena maña se ha dado esa rata de biblioteca!

IRE. ¡Le prohibo a usted que hable así del señor Fleuriot!

LAV. *(Riendo.)* ¡Ah! ¿Se llama Fleuriot? ¡Qué apelllido tan inesperado!

IRE. Sí, señor... Se llama Fleuriot. Yo ignoraba que existiesen hombres de esta clase... Y ahora que lo sé, he decidido cambiar de rumbo. Renuncio a casarme con usted... No quiero vivir con usted otros dos años fastuosos y aburridos como los que viví con mi difunto esposo.

LAV. ¿Cómo? ¿Otros dos años? Pero entonces..., ¿es que

supone usted que yo también, al cabo de dos años de casado, me tengo que morir?

IRE. No, hombre, no... Yo no supongo nada... Usted me ha pedido que le hablase con franqueza, y le digo a usted lo que me sucede... Le confío mi estado de alma. Esto me ha desconcertado tanto como a usted.

LAV, Muy bien... Pues vamos a ver si tiene arreglo. Yo no insisto en mis pretensiones de matrimonio, por ahora... Pero al menos, me aceptará por amigo, por consejero..., ya que no pueda ser otra cosa... ¿Se ha dado él cuenta de que usted le distingue? ¿Han hablado ustedes íntimamente?

IRE. ¡Jamás! No hay necesidad de hablarse... Cuando dos seres se encuentran, como nosotros, saben en seguida que han nacido el uno para el otro...

LAV. ¡Ah! ¿De modo, que usted cree que ustedes han nacido...?

IRE. Como lo oye usted. Además, la actitud de ese muchacho es la prueba más elocuente de la pasión que le he inspirado... En cuanto me acerco a él, palidedece, se turba... Todo lo que tiene en las manos, se le cae al suelo... Es un hombre que me adora, pero que no se atreverá nunca a decírmelo.

LAV. Pero entonces, si usted no le dice que le quiere, y él no se atreve a declararse, esa situación puede durar bastantes años. Cuando, desengañada, se decida usted a casarse conmigo, yo sería ya muy viejo.

IRE. No puede durar... Se va esta noche.

LAV. Eso sí que no... No se puede marchar sin que antes haya una explicación entre ustedes...

IRE. (*Sorprendida.*) ¿Usted me aconseja eso?

LAV. Naturalmente. Mire usted Irene... No es porque sea usted rica por lo que ese joven no se atreve a hablarla de amor... Es porque ese pobre muchacho está a cien leguas de sospechar lo que usted

siente por él... Esa delicadeza, esas cualidades que usted le atribuye, no son más que efectos de la ignorancia... Hágale usted comprender que una declaración de amor no será mal acogida, y verá usted cómo cambia en seguida la decoración.

IRE. ¡Bah! No es posible.

LAV. Inténtelo usted...

IRE. ¿Y puedo saber por qué me aconseja usted que haga esa experiencia?

LAV. Porque si ese hombre se aleja de usted así, usted seguirá creyendo que es su ideal, y no hará usted más que pensar en él .. Yo quiero que despierte usted de su sueño, y que vuelva a pensar en mí... Ya verá usted cómo no es verdad que están ustedes hechos el uno para el otro...

ESCENA VIII

DICHOS *y* ROGELIO

ROG. *(Entrando por la derecha y deteniéndose.)* ¡Ah! Perdón... No sabía que estaban ustedes aquí... Señora... Caballero...

IRE. No, no..., quédese...

LAV. No se retire... Soy yo el que se va... Además, esta es la biblioteca, y aquí está usted en su casa... *(A Irene.)* Quedamos en que hasta la noche... La cena es a las ocho, ¿verdad?

IRE. Sí...

LAV. Pues voy a casa a vestirme y vuelvo... Hasta luego... Caballero... (*Vase* LAVAL *por el foro.*)

ESCENA IX

IRENE, ROGELIO; *luego,* ENRIQUETA

IRE. ¿Ha visto usted al librero?

ROG. Sí, señora... Dice que mañana enviará un especialista para que continúe el arreglo.

IRE. Bien, bien... (*Pausa. Rogelio sube a la escalerilla y coge unos cuantos libros. Irene le mira, pasea y no sabe cómo empezar la conversación. Al fin, se sienta.*)

ROG. *(Aparte.)* (Por lo visto, se queda aquí. . Y el caso es que yo no puedo trabajar cuando ella está delante). *(Deja caer un libro al suelo.)* (¡Hay que ver! Tiene su despacho, su salón, su gabinete... Pues no, señor, se ha de poner a escribir aquí).

IRE. *(Que está escribiendo, levanta la cabeza.)* ¿Se llama usted Fleuriot? Con *t* final.

ROG. Sí, señora... Fleuriot... R, i, o, t.

IRE. Es para poner su nombre en el cheque.

ROG. No corre prisa.

IRE. ¿Cómo que no corre prisa? ¿No se va usted esta noche?

ROG. Sí, señora...

IRE. Entonces, sí corre prisa.

ROG. *(Con las dos manos llenas de libros.)* Sí, señora..., corre prisa. (Para qué contrariarla).

IRE. Pues aquí le tiene. *(Le tiende el cheque.)*

ROG. (*Al acudir, deja caer otro libro.)* ¡Ah! Perdone usted... *(Coge el cheque.)* Gracias, señora.

IRE. ¿Está bien así?

ROG. (*Leyendo.*) ¡Ah! No; no, señora... No está bien... Se ha debido usted confundir... Aquí dice diez mil francos.

IRE. Sí... Es porque yo he quedado muy contenta de su trabajo. Así podrá usted hacer un regalito a su novia...

ROG. ¿A mi novia? No tengo novia, señora...

IRE. ¿Que no tiene usted novia?

ROG. No, señora. He estado muy atareado preparando mis oposiciones, y no he tenido tiempo para buscar novia...

IRE. Bien, bien... Ya veo que es usted discreto... Pero guárdese el cheque... Ya debe estar seco.

ROG. Sí, sí... Ya está seco... Un millón de gracias, señora... Conservaré eternamente el recuerdo de esta generosidad... De las horas agradables que

he pasado en esta casa... De las atenciones de que he sido objeto... *(Irene se levanta.)*

IRE. ¿De veras? Me alegro que esté usted contento... Porque yo..., también yo le recordaré a usted con simpatía... y con..., con frecuencia...

ROG. ¡Señora!

IRE. ¿Tiene usted padres?

ROG. Sí, señora... En Marsella...

IRE. Será catedrático también su padre...

ROG. No, señor, es farmacéutico...

IRE. ¡Ah! No me sorprende.

ROG. ¿Qué?

IRE. Que su padre de usted sea farmacéutico. . Es usted tan ordenado..., tan metódico..., tan meticuloso... Mire usted cómo han quedado las librerías... ¡Qué bien! Se ve que ha heredado usted de su padre el espíritu de orden... Porque únicamente un farmacéutico puede ser tan escrupuloso. Si no lo fuera, mezclaría el arsénico con las pastillas para la tos... ¡Y calcule usted la catástrofe!

ROG. Sí; sí, señora... (*Aparte y revolviendo libros.*) (Pues señor..., si continúa charlando así, no voy a poder hacer nada).

IRE. *(Después de una pausa.)* Y a propósito de Rousseau.

ROG. ¿De Rousseau?

IRE. Sí... Del tomo de que me habló usted antes... Dígame usted... ¿Es verdad que Rousseau carecía de fortuna cuando encontró a la señora de Warrens?

ROG. Exactamente.

IRE. Y ella, ¿sí era muy rica?

ROG. Muy rica, no; pero, en fin...

IRE. ¿Pero era una gran dama, de condición social muy superior a la de él?

ROG. ¡Ah! Eso, sí...

IRE. Y sin embargo, el día que él descubrió que se ha-

bía enamorado de ella, no le dió miedo declararle su amor.

ROG. No sé... No lo recuerdo...

IRE. Yo sí lo recuerdo... Es un capítulo que he estado leyendo hace unos instantes... No, no... No vaciló en confesarle su amor...

ROG. Es posible, señora...

IRE. Y es natural; un amor poderoso y recíproco, derriba todas las barreras... La escala social no existe.

ROG. ¡Ay, señora! Usted dice eso, porque está colocada en lo alto de la escala... Pero el que está abajo...

IRE. No, no... No hay alto ni bajo... La escala social no existe... Yo la suprimo.

ROG. *(Rectificando.)* Sí, sí... Justamente... Yo pienso lo mismo... No he querido contrariar a usted... (*Aparte y volviendo a los libros.*) (No sé por qué me parece que no le soy simpático a esta señora... Me debe haber tomado manía).

IRE. (*Aparte.)* (Decididamente, este hombre no hablará nunca... Morirá antes que confesar su amor.) (*Entra* ENRIQUETA *por el foro.)* ¿Qué trae usted, Enriqueta?

ENR. Un telegrama para la señora... *(Le entrega el telegrama. Dirigiéndose a Rogelio, mientras Irene lee.)* ¿Qué? ¿No ha terminado usted aún? ¿Quiere usted que yo le ayude?

ROG. Como usted guste... Puede usted llenar las fichas, puesto que tiene usted tan bonita letra...

IRE. *(Leyendo.)* ¡Qué pesadez de hombre! Enriqueta.

ENR. Señora...

IRE. Es de Biscornet.

ENR. ¿Otra vez?

IRE. *(Leyendo.)* «El estreno de mi ópera tendrá lugar pasado mañana en el Casino de Monte-Carlo. Su adorable presencia es necesaria para el éxito. Si no la veo aquí, temo que mi obra fracase.» Em-

pieza a aburrirme. Le voy a escribir para desengañarle de una vez y que me deje tranquila. (*Se sienta a escribir.)*

ROG. *(A Enriqueta que se ha aproximado a él.)* ¿Ha visto usted qué bonita es esta encuadernación?

ENR. ¡Preciosa! Cuando usted publique «Los amores secretos del Cardenal de Richelieu», también encuadernará usted algunos ejemplares así...

ROG. ¿No se le ha olvidado a usted el título de mi libro? Muchas gracias...

ENR. Diga usted..., ¿a qué edad tuvo Richelieu su primer amor?

ROG. Era un año más joven que Casanova... A los doce años y medio

ENR. *(Riendo.)* ¡Qué precoces son los hombres de Iglesia!

ROG. Y ella era una Marquesa que tenía cincuenta y siete años.

ENR. El libro de usted tendrá un gran éxito... Porque será una cosa histórica y galante.

ROG. Sí... Es una fórmula literaria que actualmente da buenos resultados... ¡Qué quiere usted!... Como catedrático, soy licenciado... Como autor, seré licencioso... *(Enriqueta y Rogelio ríen.)*

IRE. *(Que los está mirando, rompe el papel impaciente.)* Cómo quieren ustedes que escriba con ese ruido. Callen ustedes un momento...

ROG. *(Azorado.)* Perdone usted, señora...

IRE. (*A Enriqueta.*) ¿Es así como dice usted que ayuda al señor Fleuriot?

ENR. Esperaba por si quería la señora enviar ahora el telegrama...

IRE. No... Le escribiré más tarde. Retírese usted.

ENR. Bien señora... (*Vase* ENRIQUETA *por el foro.)*

IRE. (*Leyendo otra vez el telegrama.*) Nada, que no sé lo que me pasa. Estoy nerviosa... Hágame usted el favor, señor Fleuriot... No puedo escribir y tengo

que contestar al señor Biscornet. ¿Quiere usted hacerme el favor de escribir lo que yo le dicte?

ROG. (*Bajando de la escalera.*) Con mucho gusto, señora... (*Prepara su estilográfica.*)

IRE. (*Indicándole el bureau.*) Siéntese usted ahí. (*Rogelio se sienta.*) Es el caso, que..., que no sé lo que le voy a telegrafiar.

ROG. (*Tímidamente.*) Yo tampoco, señora.

IRE. (*Dándole el telegrama.*) Lea usted eso. (*Rogelio lee en silencio.*)

IRE. ¿Qué le parece a usted?

ROG. Que este telegrama es de un hombre que está enamorado de usted.

IRE. Pues ahí tiene. No vacila en decírmelo... Y, sin embargo, no tiene ni nombre ni fortuna... Está casi debajo de la escala.

ROG. ¡Es que algunas personas tienen una audacia...!

IRE. Pero si a mí no me desagrada la audacia. Desde que he recibido este telegrama, estoy en un estado de ánimo rarísimo... Me siento atraída..., casi conquistada... «Su adorada presencia»... Está bien dicho, ¿verdad? (*Resueltamente.*) Escriba usted... (*Dictando.*) «Amigo mío...» No..., no. «Querido amigo mío...»

ROG. ¿Amigo mío..., o querido amigo mío?

IRE. Las dos cosas.

ROG. Bueno. (*Escribe.*)

IRE. (*Dictando.*) «Yo no quiero que la obra fracase... Por otra parte, su telegrama era inútil. Desde hace dos días me siento arrastrada por el deseo de presenciar el estreno...»

ROG. (*Sorprendido.*) ¿No es un telegrama, señora?

IRE. Sí, sí.

ROG. (*Aparte.*) (Cómo tiran el dinero estos millonarios.) «... de presenciar el estreno.»

IRE. (*Dictando.*) «... y de decirle que es usted el único hombre que ha sabido comprenderme...»

ROG. (*Levantándose.*) Señora, perdóneme usted...; pero.., yo no puedo escribir eso.

IRE. (*Radiante.*) ¿No?

ROG. En primer lugar, estas cosas no se dicen por telégrafo... Y luego.., piense usted que acabo de ser presentado a su futuro esposo... Esto sería tanto como hacerme cómplice.

IRE. (*Sonriente.*) Está bien, señor Fleuriot... No escriba usted más. (*Cariñosa.*) A usted le parece mejor que sacrifique a Biscornet y que me case con el Conde...

ROG. ¡Claro está!

IRE. (*Molesta.*) ¡Ah! ¿Esa solución le gusta a usted...? Pero hable usted, hombre. ¿Le cuesta a usted tanto trabajo hablar, darme un consejo..., decirme qué es lo que usted piensa? Hace un momento le he visto a usted ahí con Enriqueta, hablar y reir alegremente... Háble me usted a mí lo mismo... Con igual confianza... Figúrese usted que yo..., no soy yo..., que soy una amiga..., una camarada...

ROG. Eso no es posible, señora...

IRE. ¿No?

ROG. No... Es decir... Yo creo que no puede ser... La señorita Enriqueta es de mi misma condición... Tiene que ganarse la vida como yo... No es rica..., no es aristócrata... Mientras que usted, señora... No, no es posible la misma familiaridad... Créalo usted... Habría de proponérmelo y me parecería que nos separaba un abismo infranqueable.

IRE ¿Infranqueable?

ROG. ¡Claro!

IRE. ¡Infranqueable! (*Pausa.*) Está bien... Siga, siga usted trabajando como..., como si no estuviera yo aquí.

ROG. (*Vuelve a la escalera y reanuda el trabajo.*) Muchas gracias, señora. (*Mirando al reloj. Aparte.*) ¡Ca! No podré dejar esto terminado. (*Desde lo alto de la*

escalerilla.) (Y el caso es que esta señora no es mala... No es mala, pero es muy charlatana.)

IRE. *(Después de una pausa.)* ¿Se va usted a Nancy esta noche?

ROG. Sí, señora, a Nancy.

IRE. ¿Le molestaría llevar un encargo mío?

ROG. De ningún modo, señora... Mándeme lo que quiera.

IRE. Se trata de llevar una carta y un paquetito... a mi hermana.

ROG. ¡Ah! ¿Tiene usted una hermana en Nancy?

IRE. Sí, señor... Mi hermana Genoveva... Está empleada en un establecimiento... ¡Oh! Un gran establecimiento... Es dependienta en una zapatería.

ROG. ¿Es posible?

IRE. ¿Se sorprende usted, verdad? Estas son cosas que ocurren en las grandes familias... Tengo una hermana, un año más joven que yo, y que, físicamente, se parece a mí de un modo extraordinario... ¡Somos dos gotas de agua!

ROG. Es extraordinario, verdaderamente.

IRE. Pero en cambio, en lo demás no nos parecemos. Figúrese usted que a los diecisiete años mi hermana despreció tres partidos maravillosos... Y se escapó con el profesor de piano.

ROG. ¿Con un profesor de piano?

IRE. Un pobre muchacho..., muy simpático, desde luego, pero sin un céntimo... Teófilo, se llamaba... ¿Qué le parece a usted?

ROG. ¡Teófilo! Es muy interesante... Pero es horrible... ¿Y están en Nancy?

IRE. No; él, no... A los dos años se cansó de ella y la abandonó... La pobre Genoveva, se quedó sola.

ROG. ¿Y no se reunió con usted?

IRE. ¡Imposible!... No quiso, por culpa de papá... Y se quedó en Nancy... Desde entonces, me ha escrito dos veces nada más... Una, al fallecimiento de mi

esposo, para felicitarme, y otra, para negarse a recibir el dinero que yo le ofrecía... ¡Oh! ¡Es un carácter! ¡No se parece a nadie!

ROG. Verdaderamente... Resignarse a vender zapatos en Nancy, cuando se es la hija del Marqués de...

IRE. ¡Oh, no! Allí oculta sus apellidos... No quiso dar ese disgusto a papá... En Nancy se llama Genoveva Guitard... Apúntelo usted...

ROG. (*Escribiendo.*) En seguida, sí, señora... Guitard...

IRE. Eso es...

ROG. ¿Cuáles son sus señas en Nancy?

IRE. ¡Ah! Es verdad... Sus señas... Pues..., verá usted... El caso es que, como la escribo tan raramente... No recuerdo ahora... Es una gran zapatería... ¿Dónde podríamos ver ahora...?

ROG. (*Sacando una guía del bolsillo.*) Espere usted un momento... Yo he comprado esta mañana una «Guía de Nancy»... Verá usted... Es muy completa... Tiene el plano de la ciudad y la lista de las personalidades más importantes... Al final hay un índice con los nombres de los comerciantes e industriales...

IRE. Muy bien... Busque usted las zapaterías... Lo recordaré en cuanto le oiga...

ROG. Aquí están... Zapaterías... ¡Demonio! Hay cuatro hojas...

IRE. ¿Tantos zapateros hay en Nancy? A ver... Lea usted... Es un nombre que acaba en flan... O en flot..., o en flit...

ROG. Aquí hay uno que se llama Filosel...

IRE. ¡El mismo! ¡Ese es! Filosel... Ese debe ser... Espere usted... ¿Dónde vive?

ROG. En la calle de la Universidad.

IRE. Justo... Calle de la Universidad. ¿Qué número?

ROG. Cinco.

IRE. El mismo... No cabe duda... Calle de la Universidad, número cinco... Apúntelo usted, para que no

se le olvide... Yo lo apuntaré también... Porque siempre me pasa lo mismo... Se me olvida... Diga usted..., ¿cómo es ese Filosel? ¿Es joven o viejo?

ROG. Señora, la guía no da esos detalles...

IRE. Es verdad... Pues ya lo sabe usted... Genoveva Guitard, es mi hermana... Está empleada en casa del señor Filosel, calle de la Universidad, número cinco, zapatería... Pero apúntelo usted, hombre... Yo ya he tomado nota para no volver a olvidarlo.

ROG. Sí, señora, sí... Ya está... ¿Y el encargo?

IRE. ¿El encargo?

ROG. Usted me ha dicho que quería que llevase un encargo a su hermana.

IRE. ¡Ah! Sí... (*Quitándose una sortija.*) Es verdad... Es esta sortija... Es suya... Es una sortija de cuando estaba soltera... Bueno... Soltera sigue... De cuando... En fin, ya me entiende usted... La dará mucha alegría recibirla... ¿Dónde la meteríamos?

ROG. ¿No tiene usted un estuche vacío?

IRE. No... Si es una cosa sin valor...

ROG. Si usted quiere... Aquí, en una caja de plumas...

IRE. Tiene usted razón. (*Coge una caja, tira las plumas al suelo y mete la sortija.*) Muy bien.

ROG. (*Aparte.*) (¡Estos millonarios! Todo lo tiran). (*Irene mete la sortija en la caja y busca un papel para envolver el paquete. No encontrando nada mejor, arranca una cubierta de un libro.*) (¡Anda! Ahora rompe un libro de precio!) (*Alto.*) ¿He de llevar alguna carta?

IRE. No... (*Dándole el paquete.*) Aquí tiene usted... La lleva esto y se lo entrega... ¿Puedo contar con usted?

ROG. Con toda seguridad... Iré a la zapatería del señor Filosel, mañana por la mañana...

IRE. (*Vivamente.*) ¡No!... No corre tanta prisa. Pasado mañana... Vaya usted pasado mañana...

ROG. De ningún modo, señora... ¡Mañana!

IRE. Pero ¿qué más da? Vaya usted pasado mañana.

ROG. Señora... Ha sido usted tan buena, tan amable, tan generosa conmigo, que lo menos que yo puedo hacer para corresponder a sus atenciones, es cumplir su encargo antes que nada.

IRE. Mil gracias, amigo mío... ¡Ah!, una advertencia importantísima... Mientras esté usted aquí, no hable de mi hermana a nadie.

ROG. Descuide usted.

IRE. Ya se puede usted figurar la situación... Oficialmente para la familia, mi hermana no existe.

ROG. Comprendo perfectamente, y puede usted confiar en mi discreción. *(Mirando al reloj.)* Además, no tendré ocasión de hablar de ello. Son las siete ya, y el tren me espera... Si usted no manda otra cosa, con su permiso me retiraré...

IRE. Adiós, amigo mío... No le detengo más. (*Le tiende la mano.)*

ROG. Señora... Permítame que la dé otra vez las gracias... Yo hubiera querido dejar terminado el trabajo... Pero... La apertura del curso... La cátedra... Perdóneme usted... ¿Me perdona, verdad?... Gracias, muchas gracias... A los pies de usted, señora Marquesa... *(Vase haciendo reverencias por la derecha.)*

IRE. Adiós.

ESCENA IX

IRENE; *luego,* ALFONSO; *después*, BENJAMIN; *por último, el* MARQUES

IRE. ¡Oh! ¡Me adora! ¡Me adora! ¡No cabe duda! (*Mirando al reloj.)* Las siete... No puedo perder un minuto si quiero llegar antes que él... (*Coge el carnet de cheques y hace sonar dos o tres timbres.*) Esta es la felicidad... Mi felicidad... Me lo dice el corazón... ¡Ah! Y no la dejaré escapar...

BEN. (*Por la izquierda.)* ¿La señora ha llamado?

IRE. Sí.

ALF. *(Entrando por el foro.)* ¿Ha llamado la señora?

IRE. ¿Y Anita? He llamado tres veces... ¿Dónde está Anita?

ALF. Cenando.

IRE. ¿Tan temprano?

ALF. Es que va al cine... La señora la ha dado permiso.

IRE. Es verdad, pero ya no hay permiso. Dígala usted que vamos a emprender un viaje ahora mismo... Y que viene conmigo.

BEN. *(Asombrado.)* ¿La señora se va?

IRE. Abandone usted la costumbre de preguntar, Benjamín. Diga usted a Anita que prepare mi saco de viaje... Pero vivo, vivo...

ALF. Bien, señora Marquesa. (*Vase.*)

IRE. *(A Benjamín.)* Usted avise al garage... Diga usted a José que espere con el coche... Quiero salir de aquí dentro de diez minutos.

BEN. Sí, señora... (*Vase.*)

MAR. *(Entra, vestido de smoking.)* ¿Cómo? ¿Qué te vas de viaje? ¿A dónde vas?

IRE. A Biarritz... Figúrate que han robado nuestra villa...

MAR. ¿Cuándo?

IRE. Esta noche pasada.

MAR. ¿Cómo lo has sabido?

IRE. Por un telegrama que acabo de recibir... Lo han robado todo: cuadros, tapices, la plata del comedor... ¡Todo!

MAR. ¿Pero es posible? ¿Y los guardas? ¿Y el portero? ¿Y el jardinero?

IRE. ¡Asesinados!

MAR. ¿Asesinados?

IRE. ¡Casi!

MAR. ¡Pero eso es un drama espantoso!

IRE. Pues si no fuera un drama espantoso, no saldría yo como salgo...: escapada...

MAR. ¿Y tus invitados? ¿El ministro de Dinamarca y su esposa?

IRE. Tú los recibirás.

MAR. Si no los conozco. Justamente me habías invitado para presentármelos.

IRE. Bueno... El Conde te presentará.

MAR. ¡Laval no les conoce tampoco! Preferiría acompañarte... Quién sabe si te encontrarás al llegar con una banda de criminales...

IRE. Los criminales no están ya.

MAR. Es verdad... No están nunca cuando llega uno.

ALF. (*Anunciando en el foro.*) El señor Conde de Laval.

IRE. Un momento... (*Alfonso cierra la puerta.*) Oye, papá... No quiero verle... Se empeñaría en acompañarme, y no quiero... Dile que me he marchado hace ya un cuarto de hora... Yo os telegrafiaré a los dos mañana por la mañana... Ya te daré detalles...

MAR. Bueno, bueno... Anda con Dios, hija mía... Conste, que yo debía acompañarte.

IRE. ¡Que no! No tengas miedo, hombre... Ya sabes que a mí me gustan estas cosas... Lo imprevisto... Lo novelesco... Adiós, papá.. Te telegrafiaré... (*Vase corriendo por la izquierda.*)

ESCENA X

EL MARQUÉS *y* LAVAL

MAR. ¡Qué contenta está! La han robado los cuadros, la han robado los tapices... Toda la servidumbre está agonizante... Yo no hubiera creido que mi hija era tan insensible... (*Abre la puerta del foro. A Alfonso.*) Diga usted al señor Conde que pase.

ALF. En seguida, señor... (*Vase.*)

LAV. ¿Cómo? ¿Está usted solo?

MAR. Ya lo ve usted.

LAV. ¿Y me ha hecho usted hacer antesala?

MAR. No me lo hubiera permitido nunca.

LAV. Entonces..., ¿ha sido Irene?

MAR. Irene se ha marchado hace un cuarto de hora.

LAV. Pero si acabo de oir su voz.

MAR. Claro, como está usted enamorado..., la oye constantemente...

LAV. ¿Y a dónde ha ido?

MAR. A Biarritz. Un drama espantoso, amigo mío. De nuestra villa de Biarritz no quedan más que dos criados agonizantes.

LAV. Pero ¿se puede saber qué historia es esa?

MAR. No es una historia. La noche pasada han robado nuestra villa... Irene acaba de recibir un telegrama, y se ha ido allí corriendo como una loca.

LAV. ¿Ha visto usted el telegrama?

MAR. ¿Duda usted de la palabra de mi hija?

LAV. No, señor... Pero... *(Al teléfono.)* Sí, sí... Aquí... Comunicación con el ciento veinticuatro de Biarritz... Villa Mimosa...

MAR. ¿Va usted a telefonear a Biarritz?

LAV. ¡Claro! Es lo elemental...

MAR. Pues no se me había ocurrido... Así tendremos detalles...

LAV. Naturalmente... (*Saca el reloj y vuelve a llamar.*)

MAR. Parece que está usted nervioso...

LAV. Puede que lo esté usted más que yo, dentro de un rato... (*Entra* ALFONSO.) Diga usted, Alfonso... ¿Se fué ya la señora Marquesa?

ALF. Hace un instante, señor Conde... Se fué con Anita.

LAV. Muy bien... (*A Alfonso.*) Me interesaría hablar un momento con ese joven que está arreglando la biblioteca...

ALF. No está. Se ha marchado también.

LAV. ¿Con la señora?

ALF. No, señor... El se fué antes. Se ha despedido de mí al marcharse... Porque ha terminado su trabajo. Ya no vendrá más...

LAV. Bien, bien... Gracias, Alfonso. (*Vase* ALFONSO *foro.*)

MAR. Lo siento. Era muy simpático ese muchacho. Me gustaba...

LAV. Ya veo que gustaba a toda la familia...

MAR. ¿Qué dice usted? (*Suena el teléfono.*)

LAV. Perdone... (*Al teléfono.*) ¿Qué?... ¿Es el ciento veintitrés..., Biarritz? ¿Villa Mimosa? ¿Quién, está en el aparato?... ¡Ah! El portero...

MAR. Telefonea herido y todo... ¡Es un héroe!

LAV. Chist... ¡Calle usted ahora! (*Al teléfono.*) Sí, sí... Soy yo. El Conde de Laval... Queríamos tener noticias de ahí... ¿No hay novedad? ¿Todo va bien? ¿No ha ocurrido nada de particular? Ahí, todos buenos, ¿verdad? Tranquilos y contentos... Las personas..., los perros y las gallinas... Vaya, pues me alegro... ¡Gracias! ¡Gracias! Hasta pronto. (*Cuelga el aparato.*) ¿Qué le parece a usted esto, señor Marqués?

MAR. (*Asombrado.*) Pero entonces..., ¿dónde está ella?

LAV. Pues su hija de usted se ha escapado con el joven señor Fleuriot, porque está enamorada de él como una loca...

ESCENA XI

DICHOS *y* ROGELIO

ROG. (*Por la derecha.*) Perdonen ustedes, señores... Buenas noches...

LAV. (*Asombrado.*) ¿Eh?

MAR. ¡El!

ROG. Ya veo que he venido a interrumpir a ustedes, pero es que he dejado aquí olvidada mi pluma estilográfica... Y como es un recuerdo... (*Encontrándola sobre la mesa.*) ¿Ven ustedes? Aquí está... ¡Ay! Creí que la había perdido. Es de oro... Y recuerdo de mi padre... Buenas noches, señores... Con el permiso de ustedes...

LAV. (*A Rogelio.*) Un momento...

ROG. (*Deteniéndose.*) Señor Conde...

LAV. Una pregunta nada más... Hace poco le dejé a us-

ted aquí con la señora Marquesa. ¿Sería indiscreto preguntar a usted cuál fué el motivo de la conversación?

ROG. La señora Marquesa se ha mostrado satisfecha de mis servicios..., y me ha dado un cheque.

LAV. ¿Y no se ha hablado de nada más?

ROG. Sí: la he dicho que mañana vendrá mi sustituto a acabar de arreglar la biblioteca...

MAR. Pero entonces, mi hija, ¿dónde está?

ROG. ¿Cómo?

MAR. Después de hablar con usted, se ha marchado de casa en auto con su doncella y su equipaje...

LAV. No hablemos de eso, Marqués... Esas son cosas que no interesan al señor Fleuriot.

ROG. Es verdad... Pero veo a ustedes tan agitados, que no sé si atreverme a decirles...

LAV. Atrévase usted, hombre, atrévase...

ROG. Verán ustedes... En el curso de nuestra conversación, la señora recibió un telegrama, que tuve que leer, a pesar mío...

LAV. ¿Un telegrama? ¿De quién?

ROG. No lo recuerdo. Pero debe estar ahí, entre los papeles.

LAV. *(Corre al bureau y encuentra el telegrama.)* Sí... Aquí está. *(Leyendo.)* Biscornet... El estreno de la ópera, pasado mañana en Monte-Carlo... La espero...

MAR. ¡Irene se ha ido a Monte-Carlo!

LAV. ¡A reunirse con Biscornet! Caballero, nos ha prestado usted un inmenso servicio... Y a la señora Marquesa, sobre todo...

ROG. Ese señor Biscornet, no me parece digno de ella.

MAR. ¡Un musicante sin importancia!

ROG. *(Al Marqués.)* Se ve que tiene usted poca suerte con sus hijas.

MAR. ¿Eh?

ROG. No, no..., nada... *(Mirando al reloj.)* Perdonen us-

tedes, pero tengo prisa... Buenas noches, señores...

LAV. Vaya usted con Dios, señor Fleuriot... Y gracias otra vez...

ROG. De nada, señor Conde... ¡No faltaba más! Servidor de ustedes... *(Vase derecha.)*

ESCENA XII

LAVAL *y el* MARQUÉS

MAR. ¿Por qué me ha hablado de mis hijas?

LAV. (*Colérico.*) ¿Qué sé yo? (*Dándole la mano.*) Me voy.

MAR. ¿Que se va usted? ¿Y la cena? ¿Me va usted a dejar solo? Yo me voy también.

LAV. ¡Ah! No... Es preciso que quede aquí alguien para recibir a ese ministro de Dinamarca... Sea usted cortés.

MAR. Pero ¿dónde va usted?

LAV. A Monte-Carlo... De donde acabo de llegar... Ya puede usted decir que su hija me hace andar de cabeza...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Al día siguiente, por la mañana. El establecimiento de zapatería del señor Filosel, en la calle de la Universidad, en Nancy.

En el fondo, el escaparate. Al foro, la calle. Puerta de cristales. A ambos lados, estanterías con cajas de zapatos. En el foro, extremo izquierda, la caja. A la izquierda, también en primer término, puerta que da acceso a las habitaciones interiores. Una escalera de mano para subir a las estanterías. Un canapé. Varias sillas.

Son las nueve de la mañana.

ESCENA PRIMERA

FILOSEL; *luego,* IRMA

FIL. *(Estudiando un plano.)* Realmente, sería magnífico... Derribaría ese muro y reuniríamos las dos tiendas. La entrada principal, por la plaza. Esta puerta quedaría como cosa secundaria... ¡Ah! ¡Tener vistas a la plaza! ¡Que pudiera verme el público! Porque, vamos a ver... ¿Por qué marchan mal mis negocios? *(Señalando los escaparates.)* ¡Porque no me ve nadie! Porque mis escaparates no se lucen... Porque por esta maldita calle no pasa un alma. *(Ve una señora por la calle.)* ¡Eh! Sí... Alguien pasa... ¡Ah! No... Es Irma. *(Entra* IRMA *foro.)*

IRMA Buenos días, señor Filosel.

FIL. Se le han pegado a usted las sábanas, señorita... Son las nueve y veinte, y debe usted suponer que estoy aquí yo solo para atender a los clientes...

IRMA Pero ¿han venido clientes?

FIL. No, señora.

IRMA Entonces... (*Se quita el sombrero, que colocará en un extremo de la escena.*)

FIL. Pero es que yo la pago a usted para que venga a las ocho y media en punto...

IRMA. Hace ya mucho tiempo que no me paga usted, señor Filosel.

FIL. Deber, viene a ser lo mismo que pagar.

IRMA ¡Ah! Le traigo a usted una mala noticia... Al venir aquí he encontrado a Ernesto.

FIL. ¿Otro novio?

IRMA No... Es el primer dependiente de las Pescaderías Marsellesas. Me ha dicho, que probablemente vendrá a ser vecino de usted.

FIL. ¿Cómo? ¿Va a alquilar la tienda de al lado?

IRMA Sí, señor... Parece ser que ya han hablado con el dueño de la casa...

FIL. ¡Las Pescaderías aquí! Me pondrán montones de pescado a la puerta... Y pescado poco fresco, porque estamos a cien leguas del mar. ¡Me figuro los lenguados, los salmonetes y las merluzas oliendo mal...! ¡La gente pasará de prisa..., no verán mis escaparates...! Desaparecerá. ¡Oh! ¡Es espantoso!

IRMA (*Coqueteando.*) Usted tiene la culpa... (*Acercándose.*) ¿Por qué no me hace usted caso?

FIL. ¡Ah! ¡No, señorita..., no..., no volvamos a las andadas...! Se lo suplico.

IRMA Pero ¿por qué? Usted no tiene dinero... Yo poseo algunas economías... Cien mil francos. ¡Es mi dote...! ¿Para quién cree usted que he ahorrado yo esa pequeña fortunita, señor Filosel?

FIL. ¡Para usted!

IRMA Para el hombre que me lleve al altar y me dé su nombre y su posición. No sea usted tonto, señor Filosel... Acepte usted, y ahora mismo puede telefonear al dueño de la casa, diciéndole que alquila usted la tienda de al lado. Dentro de quince días tendrá usted la puerta de entrada en la

plaza, y los escaparates llenos de género... ¡Todo el mundo verá los zapatos de Filosel!

FIL. ¡Todo el mundo!

IRMA ¡Todo el mundo...! Y dentro del establecimiento, en la caja, muy seria, muy elegante, yo... ¡La señora de Filosel!

FIL. No, no... ¡Imposible!

IRMA Pero ¿por qué no?

FIL. ¿Cómo voy a dar mi nombre a una persona que sé que ha pronunciado amorosamente casi todos los nombres del calendario? Váyase.

IRMA Voy a preparar el trabajo dentro... Si viene algún cliente por casualidad, llámeme usted. (*Vase* IRMA *por la izquierda.*)

ESCENA II

FILOSEL; *luego,* IRENE; *después,* IRMA.

FIL. ¡Por casualidad! Por casualidad tendrá que ser... (*Vuelve a mirar el plano.*) Veamos... La tienda me costaría dos mil francos anuales... Tirar los tabiques, adquirir las vitrinas y los tapices... lo menos cincuenta mil francos. (*Pensativo.*) Todavía nos quedarían treinta mil para ver venir los acontecimientos. (*Con energía.*) ¡No! ¡No, señor! ¡Yo! ¡Filosel! ¡No puedo casarme con Irma! ¡No es posible...! (*Pausa.*) Pero entonces vienen las Pescaderías... Y para mí es la ruina. ¡La ruina! ¡Ah! ¡Qué bien ha elegido el momento de la tentación esta mujer! Lo que es como yo tuviera ahora los dos mil cuatrocientos francos que la debo, se los tiraba a la cara y la ponía de patitas en la calle. (*Pensativo.*) Eso es... Pero no los tengo...

IRE. (*Entrando como una avalancha por el foro.*) Buenos días. ¿El señor Filosel?

FIL. Servidor de usted, señora.

IRE. (*Contemplándole.*) ¡Magnífico! Usted es el hombre que necesito... (*Mira alrededor.*) La tienda... Esta es la que buscaba...

FIL. Puede usted estar segura de haber elegido bien, señora. El calzado de señora es justamente nuestra especialidad. ¿Qué busca usted? ¿Zapatos de soiree? ¿Zapatillas? ¿Botas de sport? ¿Charol? Tenemos piel de Rusia, de cocodrilo...

IRE. Nada de eso, caballero... Yo no vengo aquí para comprar calzado.

FIL. ¡Ah! ¿No? Pues entonces... ¿Usted dirá en qué puedo servirla?

IRE. Verá usted... Pero antes... Dígame... ¿Esta es la zapatería de Filosel, calle de la Universidad, cinco?

FIL. Sí, señora, sí... Esta es...

IRE. Es que... Lo que yo vengo a proponer a usted es una cosa tan... ¡Bueno! Yo quiero quedarme en este establecimiento de dependienta...

FIL. ¿Dependienta?

IRE. ¡Claro! Dependienta... Para despachar... Para lo que usted quiera...

FIL. Pues hija mía, viene usted en muy mala ocasión. Yo no necesito dependientas en este momento. Tengo el personal completo... Vaya usted a las Nuevas Galerías, que es posible que la reciban.

IRE. No, no... Donde yo necesito entrar, es aquí.

FIL. Pues lo siento, pero aquí es imposible.

IRE. Una dependienta más o menos, ¿qué más le da a usted? ¿Cuántas tiene usted?

FIL. ¡Una!

IRE. ¿Ve usted? ¡Pues seremos dos! Una zapatería como la de usted debe tener dos dependientas.

FIL. No insista usted. Es esta ocasión no puedo aumentar el personal.

IRE. Entonces, despida usted a su dependienta y recíbame usted.

FIL. ¡Ah! ¡Si pudiera!... Pero no puedo... No puedo despedirla...

IRE. ¿Está usted enamorado de ella?

FIL. ¡Yo! ¡Dios me libre!

IRE. Entonces... ¿La debe usted dinero?

FIL. Y aunque eso fuera..., ¿a usted qué?

IRE. ¡Magnífico! ¿Cuánto la debe usted? Lo que usted la deba, yo se lo doy.

FIL. ¿Qué dice usted?

IRE. Además, yo no quiero sueldo... Y mientras esté empleada en este establecimiento, le daré a usted mil francos diarios...

FIL. ¡Dios mío! ¡Mil francos! ¿Cuánto tiempo piensa usted estar?...

IRE. Un mes... Seis meses... No lo sé... *(Sacando dinero del bolso.)* Tome usted... Diez mil francos a cuenta.

FIL. ¡Diez mil francos! Señora... Mi querida dependienta... Pero... ¿quién es usted? ¿De qué rincón del cielo ha descendido? Yo me voy a volver loco. Si es usted tan rica, ¿por qué quiere usted meterse a vender zapatos?

IRE. Tengo una vocación irresistible...

FIL. Eso no puede ser... Debe haber otra razón... Estoy seguro...

IRE. Y yo también.

FIL. Dígamela usted.

IRE. Señor Filosel... Usted no sabrá más que lo que yo quiera decirle... Eso sí... Lo que usted deba saber, es preciso que se lo aprenda de memoria y no se le olvide para no equivocarse cuando tenga usted que hablar de mí.

FIL. Esté usted tranquila... No me equivocaré... Y para no olvidarlo, lo apuntaré.

IRE. Yo me llamo Genoveva Guitard.

FIL. (*Escribiendo.*) ... tard...

IRE. Estoy empleada en esta zapatería desde hace dos años.

FIL. ¡No me lo hará usted bueno! A mil francos diarios, hay que ver el dinero que tendría ya...

IRE. Filosel, no me interrumpa. Entré en este establecimiento a consecuencia de un desengaño amoro-

so... Un profesor de piano, que me abandonó..

FIL. ¡Ah!

IRE. Y al que usted no conoció jamás.

FIL. (*Con energía.*) ¡Jamás!

IRE. Desde que entré en esta casa como dependienta soy la criatura más honesta y formal de la tierra

FIL. ¡Lo contrario de la otra! Perfectamente... ¿Cuándo quiere empezar?

IRE. Ahora mismo... (*Mirando al reloj.*) Son las diez menos veinte. ¡Los minutos son preciosos!

FIL. ¿A quién se lo dice usted?

IRE. ¿A qué hora llega el tren de París?

FIL. ¡Cuando usted quiera!

IRE. ¿Eh?

FIL. Usted perdone... A las seis y doce.

IRE. Entonces, ¿ha llegado ya?

FIL. ¡Es posible!

IRE. ¿Y no ha venido nadie preguntando por mí?

FIL. ¿Aquí? No, señora.

IRE. ¿Está usted seguro? Con la aglomeración de los compradores, ¿no habrá usted contestado distraído?

FIL. No, señora, no... No ha habido aglomeración como usted dice...

IRE. Bien... ¿Dónde está la dependienta?

FIL. En la trastienda...

IRE. Pues ya puede usted despedirla...

FIL. Con mil amores... (*Abre la puerta.*) Señorita Irma..

IRMA (*Entrando.*) ¿Qué pasa?

FIL. Señorita... Me tiene usted descontento... Muy descontento... Hoy ha venido usted con una hora de retraso... Esto no puede continuar así... ¡Queda usted despedida!

IRMA (*Con sorna.*) ¿Despedida? Pero ¿sabe usted lo que está diciendo?

IRE. (*Interviniendo.*) Yo sí lo sé... ¿Cuánto se la debe usted?

IRMA ¡Una friolera! Dos mil cuatrocientos francos.

IRE. ¡Aquí tiene usted tres mil!

IRMA ¿Eh? ¿Tres mil? Pero ¿quién es esta señora?

FIL. Es la nueva dependienta que viene a reemplazar a usted.

IRE. (*A Irma.*) ¿Y es usted la que paga?

FIL. Y usted la que cobra... ¡Basta de preguntas!

IRMA Bien, bien; muchas gracias, señora.

IRE. De nada... A ver... Espere usted... Vuélvase... (*La mira.*) ¡Ah! Está muy bien.

IRMA ¿Qué?

IRE. ¡Todo! El peinado... La sonrisa... Es el verdadero modelo de la dependienta.

IRMA ¿Se burla usted de mí?

IRE. Nada de eso... Yo no podré encontrar en ninguna parte un vestido igual... Se le compro a usted, señorita.

IRMA (*Muy digna.*) ¡Pero yo no lo vendo!

IRE. La doy cinco mil francos.

IRMA Tómele usted... Venga usted por aquí... (*Entra en la trastienda.*)

FIL. ¡Cinco mil francos! ¿Necesita usted un chaquet?

IRE. No, señor.

FIL. ¡Qué lástima!

IRE. ¿Dónde puedo vestirme? ¿Tiene usted un tocador?

FIL. No tengo más que la trastienda.

IRE. Pues me vestiré en la trastienda...

IRMA Ahí va el vestido.

IRE. (*A* IRMA, *que sale vestida con el abrigo y su sombrero.*) Tome usted: sus cinco mil francos.

IRMA ¿Quiere usted que le ayude?

IRE. No, muchas gracias. (*Vase izquierda.*)

ESCENA III

IRMA *y* FILOSEL

IRMA ¡Ea! Hasta más ver.

FIL. Vaya usted con Dios... Crea usted que celebro mucho perderla de vista.

IRMA Muchas gracias, señor Filosel.

FIL. (*Enseñándola la puerta.*) ¡Salga usted de aquí, sirena!

IRMA Ya me voy. Pero no es usted justo conmigo. Usted no ha querido aceptar mi dote, y en cambio, recibe usted el dinero de esa desconocida.

FIL. Esa desconocida no me exige que me case con ella, y aunque lo exigiera, la cosa no es tan grave. Aquí nadie la conoce.

IRMA Hace usted mal, señor Filosel. Usted y yo hubiéramos sido tan felices. En fin...

FIL. ¡Váyase usted de aquí!

IRMA Adiós... Pero piénselo usted... Son ciento cinco mil francos de dote, señor Filosel... ¡Ciento cinco mil francos! (*Vase foro.*)

ESCENA IV

FILOSEL, *solo; luego,* ROGELIO

FIL. ¡Cien mil francos! (*Pausa.*) ¡Bah! ¿Qué son cien mil francos? Yo voy a cobrar ahora... Vamos a ver... ¿Cuánto suman mil francos diarios al cabo de seis meses? (*Coge un papel y lápiz.*) Treinta por seis..., dieciocho... (*Resplandeciente.*) ¡Un millón ochocientos mil francos! Es maravilloso... ¡Maravilloso! (*Mirando el papel.*) ¡Ah! No... Me he equivocado en los ceros... Son ciento ochenta mil francos... Eso es... Ciento ochenta mil francos... No es lo mismo que un millón ochocientos mil, evidentemente... Pero está bien... Es decir... Con tal de que el propietario no se haya comprometido con las Pescaderías Marsellesas... Hay que darse prisa... (*Al teléfono.*) ¿Eh? Sí... Con el ciento ochenta mil, haga usted el favor... ¡Ah! No, no... Perdone usted... El dieciseis-dieciseis... ¿Llegaré a tiempo... Sería terrible que se me hubiesen adelantado... (*Al teléfono.*) ¿El señor Blandot? Aquí, Filoset... Me dicen que va usted a alquilar la tienda de al lado a las Pescaderías Marsellesas, ¿es ver-

dad? No, no... No firme usted, señor Blandot... No firme. Yo la arriendo... Eso es... Un año adelantado... Perfectamente... Yo iré a su casa antes de las doce. De acuerdo, ¿verdad? Muchas gracias. Hasta luego, señor Blandot. (*Cuelga el aparato.*) ¡Ea! Ya está. (*Frotándose las manos.*) ¡Va a ser espléndido! ¡Qué instalación! ¡Qué establecimiento! Quizá resulte un poco pequeño, porque naturalmente, ahora con la entrada por la plaza, las ventas van a adquirir una proporción considerable... Sí, sí... Las dos tiendas resultarán pequeñas... Necesitaré arrendar el piso primero con una escalera aquí... Pero no una escalera de caracol, no. Una gran escalera estilo Versalles. Y una vez que tenga el piso primero, instalaré una sección de sombrerería. Es mi sueño dorado. Zapatos y sombreros; los pies y la cabeza. ¡Qué bonito título!... «Todas las terminaciones». Más tarde, cuando alquile el segundo piso, instalaré la guantería. Y luego, la ropa blanca..., la confección..., la sastrería. Eso, cuando tenga ya toda la casa. Se podría entrar desnudo y salir vestido... de los pies a la cabeza... ¡Ah! Este es el título: «De los pies a la cabeza».

ROG. (*Por el foro.*) ¿El señor Filosel?

FIL. Servidor de usted... Los guantes están en el primer piso. ¿Si quiere usted subir en el ascensor?

ROG. ¿Los guantes? Yo creí que esto era una zapatería.

IRE. Sí, señor... Todavía no es más que zapatería. ¿Qué deseaba usted?

ROG. ¿Tiene usted una dependienta que se llama Genoveva Guitad?

FIL. (*Coge rápidamente las notas y contesta como si estuviera recitando.*) ¿Genoveva Guitard? Sí, señor... Está aquí desde hace dos años... Entró en este establecimiento a consecuencia de un desengaño amoroso...

ROG. La misma, sí, señor.

FIL. Pero en la actualidad es la criatura más angelical de la tierra...

ROG. Eso me tiene completamente sin cuidado. (*Coge un papel y el lápiz.*)

FIL. Si desea usted verla, la llamaré... Está aquí...

ROG. ¡Oh, no, no! Nada de eso. No la moleste usted... (*Escribiendo.*) «De parte de su hermana, la marquesa de Pilaf, que la envía cariñosos recuerdos.» Aquí tiene usted, caballero. Hágame usted el favor de entregarla este paquetito... (*Lo saca del bolsillo y lo entrega.*)

FIL. ¿Su nombre?

ROG. No hace falta. No me conoce...

FIL. ¡Ah! Bien, bien.

ROG. Muchas gracias. Buenos días... (*Vase.*)

FIL. (*Leyendo el papel.*) «De parte de su hermana la Marquesa de Pilaf...» ¡Hola! ¿Tiene una hermana que es Marquesa...? Esto comienza a aclarar el misterio. ¿Qué habrá dentro de este paquete? ¿Una bomba? ¡Bah! A mí no me importa... Además, hemos convenido que yo no he de saber más que lo que quiera decirme...

ESCENA IV

FILOSEL, UN CLIENTE; *luego*, IRENE

CLIENTE (*Hombre viejo, vulgar.*) Buenos días, señor Filosel.

FIL. Buenos días, caballero... Hacía ya mucho tiempo que no le veíamos por aquí...

CLIENTE Un año... Todos los años, el primero de Octubre, vengo para que me pongan medias suelas a las botas, y cada tres años, compro un par nuevo... Soy uno de los mejores parroquianos de esta casa... Este año me toca comprar.

FIL. (*Mirando las botas del cliente*). Efectivamente... Las botas se ve que están ya bastante fatigadas...

CLIENTE Como los barcos viejos, ya hacen agua. ¡Y como este año llueve tanto...! Crea usted que estaba

deseando que llegara el primero de Octubre... ¿Y la dependienta?

FIL. La he despedido.

CLIENTE ¡Qué mala suerte! Porque me gustaba que me atendiera ella... ¿Por qué la ha despedido usted?

FIL. Porque tengo otra.

CLIENTE ¡Ah, sí! Dígala usted que venga...

FIL. No, no. Le serviré yo...

CLIENTE Pero ¿por qué?

FIL. Es que... no sé si querrá molestarse...

CLIENTE ¿Que no sabe usted...? *(Entra* IRENE *completamente transformada. Lleva un vestido como Irma, y se ha cambiado de peinado.*

IRE. ¡Ea, ya estoy lista! (*Viendo al cliente.*) ¿Eh? ¿Quién es ese caballero?

FIL. Un cliente.

IRE. (*Indignada.*) ¿Un cliente? ¿Y no me ha llamado usted? Pero en qué quedamos... ¿Soy la dependiente o no?

FIL. Naturalmente que sí, señorita Genoveva...

CLIENTE (*A Filosel.*) Ve usted cómo sí quería molestarse.

IRE. ¡Claro! Es preciso que yo me vaya acostumbrando..., que aprenda...

CLIENTE Es mucho más bonita que la otra... ¿Cómo se llama usted?

FIL. Genoveva.

FIL. Guitard.

CLIENTE Genoveva Guitard. Muy bonito nombre... Bueno, pues vamos alla.

IRE. *(Sonriente.)* ¿Usted dirá qué desea?

CLIENTE *(Tendiendo el pie.)* Ahí va.

IRE. Bastantes sucios, sí, señor...

CLIENTE Amiga mía... Usted no sabe lo imposibles que están las calles.

FIL. (*Precipitándose.*) Permítame usted, señorita... Yo le serviré... Si usted quiere hacerme el favor,

busque usted un cuarenta y dos en piel de becerro, con la puntera reforzada.

IRE. ¿Dónde está el becerro?

FIL. Allí... (*Señalando un estante alto.*) Las cajas de la etiqueta roja.

IRE. Perfectamente... (*Sube a la escalera.*)

FIL. (*Al cliente.*) Porque querrá usted la puntera reforzada..., ¿verdad? (*Le quita una bota.*)

CLIENTE Sí, señor, sí... Y triple suela y el tacón bajo.

FIL. Ya sé, ya sé... (*Quitándole la bota.*)

IRE. (*Desde la escalera.*) ¡Señor Filosel! ¡Señor Filosel!

FIL. ¿Qué pasa?

IRE. ¡Que me dan vértigos!

FIL. (*Precipitándose a socorrerla.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Claro! Si eso está tan alto... Espere usted, señorita... Espere usted... No se mueva... Cierre usted los ojos y deje usted las cajas... (*Iene deja caer al suelo las cajas que tiene en las manos*) Deme usted la mano... ¡Así!... ¡Ajajá!

IRE. (*Descendiendo.*) Muchas gracias.

FIL. Y ahora, siéntese usted aquí... Eso es... ¿Quiere usted tomar alguna cosa?

IRE. Sí. Un poco de champagne...

CLIENTE (*Asombrado.*) ¡Champagne!

FIL. Muy bien, champagne... Ahora no lo hay... Cuando compre la casa, tendremos champagne... Sí, señora... No se mueva usted. Yo me ocuparé de servir a este caballero.

CLIENTE ¡Cuánta consideración!

IRE. Sí, sí... Yo le veré a usted. Así iré aprendiendo...

FIL. (*Poniendo una bota al cliente.*) A ver si ésta está bien. Empuje usted.

IRE. Es gracioso.

CLIENTE Me parece que no entra.

FIL. Eso creo yo también.

CLIENTE ¿Está usted seguro de que es mi número?

FIL. *(Mirando el número.)* No... ¿Cómo va a entrar?... Si es un treinta y cinco.

CLIENTE ¡Siete números de diferencia!

IRE. *(Riendo.)* Es que me he equivocado yo... ¡Tiene gracia! Me he equivocado...

FIL. *(Riendo.)* ¡Se ha equivocado! ¿Ha visto usted? ¡Es admirable! ¡Admirable! Voy a buscar un cuarenta y dos. *(Sube a la escalera.)*

CLIENTE *(A Irene.)* ¿Hace mucho tiempo que está usted en el oficio?

IRE. Desde que tenía ocho años... He estado en casi todas las zapaterías de Francia.

CLIENTE Lo creo... La echarán a usted de todas partes.

FIL. ¡Yo no la echaré...! ¡Ya puede estar segura! *(Vuelve.)* Vamos a ver. Pruébese usted ésta. Yo empujo y usted tira... *(Entra la bota.)* ¡Ah! ¡Por fin!

IRE. *(Desde hace unos momentos, pasea por el almacén mirándolo todo. De pronto, se detiene delante del paquete dejado por Rogelio.)* «De parte de la Marquesa...» Pero ¿qué es esto?

FIL. *(Corriendo a ella.)* ¡Ah! ¡Se me había olvidado...! Un joven ha traído ese encargo para usted.

IRE. ¿Hace mucho tiempo?

FIL. Diez minutos.

IRE. ¿Y no me ha llamado usted?

FIL. No quiso molestarla. Tenía mucha prisa.

IRE. Pero ¿va a volver?

FIL. No me dijo que pensara volver.

IRE. *(Furiosa.)* Señor Filosel, he visto pocos hombres tan torpes como usted.

FIL. ¡Señorita Genoveva!

CLIENTE ¡Eh! ¡Eh! ¿Me pone usted la otra bota?

FIL. *(Acercándose al cliente.)* Voy.

IRE. ¡Ah! No... Puede que crea usted que no tenemos más cosas que hacer que probarle a usted unas botas.

FIL. Tiene usted razón.

CLIENTE ¿Eh?

IRE. (*A Filosel.*) Ahora mismo va usted volando al Instituto. Pregunta usted por Rogelio Fleuriot, catedrático suplente. Si no está, entérese de dónde vive. Si no lo saben, recorra usted todos los hoteles.

FIL. ¿Los grandes hoteles?

IRE. Los grandes y los pequeños. ¡Todos! Antes de una hora quiero que me traiga usted aquí a Rogelio Fleuriot.

FIL. (*Con energía.*) ¡Antes de una hora le tiene usted aquí, muerto o vivo! (*Coge su sombrero.*)

IRE. ¡Le prefiero vivo!

FIL. Ya lo supongo, porque... si no... ¡Claro! No valdría la pena de...

IRE. (*Empujándole.*) Vaya usted corriendo. (*Cierra la puerta.* FILOSEL *vase corriendo.*)

ESCENA IV

IRENE, *el* CLIENTE; *luego*, ROGELIO

CLIENTE Pero ¿es que no hay medio de que me prueben la otra bota?

IRE. ¿Quiere usted dejarnos en paz ya, hombre? ¡Usted no piensa más que en sus botas!

CLIENTE Perdone usted... Ahora estoy pensando en otra cosa...

IRE. (*Sentándose a su lado.*) Y yo... Haber dejado mi casa en cinco minutos... Rodar trescientos cincuenta kilómetros en plena noche... Rebajarme hasta desempeñar este oficio... Cogerle a usted los pies.., los pies.., con mis manos... ¡Todo para que Rogelio llegue aquí y se vaya sin haberme visto!

CLIENTE Sí, sí... Yo no estoy familiarizado todavía con su historia, señorita; pero debe ser muy dramática... Conque, ¿no quiere usted probarme la otra bota?

IRE. No, señor.

CLIENTE Bien, bien... Me la pondré yo. (*Se calza penosa-*

mente.) Pero me parece que es usted muchacha de poco porvenir... Se ve que no conoce usted el oficio, y además, está usted enamorada de un hombre.

IRE. Sí, señor.

CLIENTE ¡Pues hace usted mal! Usted debía imitar a la otra dependienta... Hay que coquetear un poco con la clientela... Dejarse querer... (*Intenta abrazarla.)*

IRE. (*Furiosa.)* ¡Alto ahí! Ya está usted marchándose de esta casa.

CLIENTE Pero señorita, que no es para tanto...

IRE. A mí no se acerque usted ¡Fuera de aquí! (*Abre lá puerta. De pronto, ve a Rogelio, que atraviesa la calle. Rápidamente cierra la puerta.)* ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CLIENTE ¿Qué la pasa a usted? ¿Otro vértigo?

IRE. Es él... El, que vuelve... Siéntese usted... Siéntese usted, por Dios caballero, y deme usted sus pies... Es preciso que me vea trabajando. ¡Y no diga una palabra de lo que hemos hablado! Se lo suplico... Piense usted que mi vida está en sus manos o en sus pies. Empuje usted... Yo, yo tiraré...

CLIENTE (*Sentado otra vez.*) Esta muchacha está completamente loca. (*Entra* ROGELIO *en escena.*)

IRE. (*De rodillas delante del Cliente, pregunta a Rogelio sin mirarlo.*) ¿Qué desea usted, caballero?

ROG. ¿La señorita Genoveva Guitard?

IRE. (*Volviéndose.*) Soy yo.

ROG. (*Sorprendido.*) ¡Oh!

IRE. ¿Qué quería usted?

ROG. ¡Si es increible! ¡Qué parecido!

IRE. ¿Es usted el que me ha traído un encargo de parte de mi hermana?

ROG. Sí, señorita.

IRE. Tome usted asiento... Soy con usted en seguida

ROG. ¡Gracias...! *(Sentándose junto al mostrador.)* ¡Hasta la voz...! ¡Es prodigioso!

IRE. *(Al Cliente.)* Ya no tengo necesidad de usted. Puede usted marcharse.

CLIENTE ¡Bien! ¡Bien! (*Levantándose.*) La izquierda me hace daño.

IRE. ¡Bah! Eso no es nada... En cuanto ande usted se le quita. Ande usted muy de prisa, y váyase lejos.

CLIENTE ¿Cree usted...? (*A Rogelio.*) Caballero...

IRE. *(Interrumpiéndole.)* Pero ¿quiere usted marcharse ya?

CLIENTE Sí, sí... Ya me voy. ¡Y que me manden la cuenta y las botas! *(Andando un poco.)* ¡Ay! ¿Está usted segura de que andando se ajustará?...

IRE. Segurísima... Vaya usted con Dios... (*Vase el* CLIENTE. *Irene, cierra la puerta.)*

ESCENA VII

IRENE *y* ROGELIO

ROG. Me parece que no trata usted muy amablemente a los clientes.

IRE. ¡Bah! Con éste tenemos confianza... Siéntese usted, caballero. ¿Es usted amigo de mi hermana?

ROG. No tengo ese honor... Mi condición es muy modesta.

IRE. ¿Y está bien?

ROG. ¿Su hermana? Muy bien, sí, señora. La quiere a usted mucho, mucho...

IRE. Y yo a ella.

ROG. He vuelto, porque prometí a su hermana entregar el paquete en propia mano. Es raro... ¡Qué parecido! Su hermana me ha contado todo.

IRE. ¿Sí? ¡Qué charlatana es!

ROG. ¡Ya puede usted decirlo...! Es extraordinario cómo se parecen ustedes.

IRE. Y a propósito... He oido decir que mi hermana se va a casar... con el Conde de Laval. ¿Es cierto?

ROG. Ayer por la mañana, era verdad... Pero por la noche...

IRE. ¿Cómo? ¿Qué pasó?

ROG. Realmente, se trata de su hermana, y creo que no cometo ninguna indiscreción. Es más..., me parece que debe usted saber lo que pasa en el seno de su familia... ¡Su hermana se escapó anoche!

IRE. ¿Qué se escapó

ROG. Se sospecha que ha ido a Monte-Carlo para reunirse con el señor Biscornet... Un músico. El señor Conde, medio loco, salió corriendo detrás de ella.

IRE. ¿Anoche?

ROG. Sí, señora... Anoche. (*Mirando al reloj.*) Si no se le ha pinchado ningún neumático, debe estar cerca de Aviñón.

IRE. (*Lanzando una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Eso sí que tiene gracia!

ROG. (*Riendo también.*) ¿Verdad que sí? Ya sabía yo que la haría a usted gracia. A ellos no... A ellos, no les hizo maldita...

IRE. ¿A quienes?

ROG. A su papá de usted y al novio de su hermana. Yo no pude contenerme, y dije al señor marqués: «¡Qué poca suerte tiene usted con sus hijas!»

IRE. ¿Le dijo usted eso?

ROG. Sí, señora.

IRE. ¿Y qué le contestó papá?

ROG. Nada... Fingió que no me entendía.

IRE. ¿De modo, que usted está al corriente de toda mi vida? Realmente, mi hermana es de una indiscreción.. ¿Puede que también le haya contado a usted mi aventura con Teodoro?

ROG. Sí. Ahora, que ella me dijo que se llamaba Teófilo.

IRE. ¡A! ¿Le dijo a usted que se llamaba Teófilo? Pues sí que está enterada... Pero, en fin, llamémosle Teófilo.

ROG. Como usted quiera.

IRE. El nombre no tiene importancia. Lo malo fué el desengaño que sufrí... ¡Figúrese usted un profesor de piano que me pegaba!

ROG. ¿La pegaba a usted?

IRE. Claro, que únicamente los días que bebía un poco..

ROG. Es raro... Un profesor de piano que se emborrache... ¿Y como se separaron ustedes?

IRE, Lo mejor será no hablar de eso. Yo, ni le quiero, ni me acuerdo de él. Llevo una vida modesta, independiente, y ahora es cuando soy feliz.

ROG. ¿Es usted feliz aquí?

IRE. Muy feliz... El señor Filosel es muy bueno conmigo. El trabajo es llevadero, y me gano largamente mi vida.

ROG. ¿Y vive usted sola? ¿Sin un amigo? ¿Sin un novio?

IRE. Sin un mal pretendiente. Puede usted creerme.

ROG. Eso está muy bien. Y me es usted muy simpática, señorita. Pero, en fin, yo estoy aquí charlando y tengo un montón de cosas que hacer todavía...

IRE. ¿Sí?

ROG. Ya lo creo. Cosas sin importancia. ¿No la molesta a usted mi conversación?

IRE. Al contrario. Además, ahora no tengo nada que hacer.

ROG. Entonces, voy a proporcionarle a usted un poco de trabajo. Ahora recuerdo que tengo que comprar urgentemente unas zapatillas. ¿Tienen ustedes zapatillas?

IRE. Es probable que sí que las haya.

ROG. (*Sorprendido.*) ¿Cómo probable?

IRE. (*Riendo.*) Lo he dicho por broma. Supongo que, en una zapatería, debe haber zapatillas.

ROG. Pues sáqueme usted un par.

IRE. El caso es que no sé si las encontraré.

ROG. ¿Dónde están las zapatillas?

IRE. (*Dudando.*) Eso digo yo... Dónde están las zapati-

llas... (*Al ver la sorpresa de Rogelio.*) Verá usted. Es que ayer hemos acabado de hacer el inventario. Todo está revuelto. No hay manera de encontrar nada.

ROG. Yo soy un especialista para eso de ordenar las cosas. Si un día tengo un rato libre, vendré a ayudarla a usted a clasificarlo todo. Entre tanto, vamos a ver dónde están las zapatillas... (*Mirando a una de las estanterías.*) ¡Ah! Pero si están allí. (*Sube a la escalera para buscarlas.*)

IRE. (*Encantada, palmoteando.*) ¡Ah! ¡La escalera! ¡Se ha subido a la escalera! ¡Qué gracia tiene esto!

ROG. (*Sorprendido.*) ¿Por qué?

IRE. No, no, por nada. Pero usted no se puede figurar la gracia que me hace. (*Mirando a Rogelio, que ha cogido una pila de cajas y desciende rápidamente.*) ¡Qué bien! ¡Y no deja caer nada!

ROG. (*Riendo.*) Es que yo soy muy mañoso.

IRE. Es verdad. Y luego, que yo no le intimido a usted.

ROG. (*Bajando.*) ¡Ah! No, señora. Ni muchísimo menos.

IRE. Naturalmente. Una dependienta de un almacén, ¿por qué va a dar miedo a un catedrático del Instituto?

ROG. (*Sorprendido.*) ¿Cómo sabe usted que soy catedrático?

IRE. No hay más que verle a usted. Tan serio, tan formal. Con esa cartera y recién llegado el día de la apertura del curso... No hay más remedio. ¡Tiene usted que ser catedrático! A ver, elija usted sus zapatillas.

ROG. Es usted encantadora, señorita Genoveva.

IRE. (*Abriendo una caja.*) Aquí tiene usted unas verdes. ¿Qué número gasta usted?

ROG. El treinta y nueve.

IRE. (*Mirándolas.*) No; éstas, no. Es el treinta y cuatro. El número está puesto en las suela. (*Cogiendo*

otras.) ¡Ah! Aquí hay un treinta y nueve. ¿Quiere usted probárselas?

ROG. No hay necesidad.

IRE. Como usted guste. Es cuestión de un momento. Usted empuja y yo tiro.

ROG. Desde el momento que las zapatillas tiene mi número, me han de estar bien. ¿Cuánto debo?

IRE. Nada.

ROG. ¿Qué dice usted?

IRE. ¡Ah! Sí. El precio... Usted perdone... *(Leyendo la etiqueta.)* ¡Quinientos cincuenta francos!

ROG. ¡Son demasiado caras!

IRE. Sí. Son demasiado caras. No lleve usted más que una.

ROG. (*Riendo.*) ¡Es una idea!

IRE. *(Mirando siempre la etiqueta.)* No, no. Si me he equivocado. Hay un puntito. Son cinco francos cincuenta.

ROG. Ya decía yo. Envuélvamelas usted.

IRE. *(Indecisa.)* ¡Ah! ¿Quiere usted que le haga un paquetito? El caso es que... Hace falta papel..., bramante. Es muy complicado todo eso.

ROG. No. Aquí tiene usted papel.

IRE. Sí, sí. Es verdad. Gracias. *(Por las zapatillas.)* Las dos juntas, ¡claro! *(Coge un gran trozo de papel y envuelve torpemente las zapatillas. En seguida tira de un extremo del bramante indefinidamente.)* ¿Pero no se acaba nunca esta cuerda?

ROG. Hay que cortarla con unas tijeras. Aquí están. ¿Permite usted? (*Rogelio corta el bramante. Irene termina de empaquetar las zapatillas. El envoltorio está horriblemente hecho. Los dos ríen al verlo.*) Parece que está usted un poquito nerviosa, señorita Genoveva.

IRE. Sí. No sé qué me pasa. Me encuentro muy torpe hoy.

ROG. ¿Por qué? (*Se pone el sombrero.*)

IRE. No lo sé. ¿Qué? ¿Se va usted ya?

ROG. Antes tengo que pagar.

IRE. No corre prisa.

ROG. Dice usted bien. No tengo prisa. *(Vuelve a descubrirse.)* Diga usted, ¿es bonita esta población?

IRE. *(Aturdida.)* No lo sé.

ROG. ¿Que no lo sabe usted?

IRE. Es que... Quise decir que... Salgo tan poco... De mi casa a la tienda... De la tienda a mi casa.

ROG. Bueno, pero los domingos... Los días de fiesta...

IRE. Sí. Los domingos, me paseo. Visito los monumentos.

ROG. Eso es lo que la preguntaba. Si hay cosas dignas de ver.

IRE. ¡Ah! ¡Ya lo creo! Hay muchas cosas dignas de ver. La estación, las iglesias, el museo, el jardín público, y luego, el río.

ROG. El Mosela.

IRE. Ese debe ser. Es el Mosela el que pasa, ¿verdad?

ROG. *(Riendo.)* ¿Por Nancy? Desde hace mucho tiempo.

IRE. (*Riendo.*) ¡Claro!

ROG. Al venir aquí, he pasado por una plaza donde se celebra una feria. Había columpios, tiro al blanco, puestos de flores. Resultaba muy alegre.

IRE. ¡Ah! Sí. Siempre hay ferias.

ROG. Si usted quisiera, podríamos salir juntos, y usted me enseñaría todas esas cosas.

IRE. Con mucho gusto. Pero fué ayer domingo.

ROG. Es verdad. ¡Qué lástima! (*Pausa.*) Bueno, pero ya llegará otro domingo. Y luego, otro, y otro... Y muchos más. Ya verá usted cómo nos divertimos y qué bien lo pasamos. Por las mañanas visitaremos el museo. Y, por la tarde, nos iremos al campo a merendar. El domingo que viene, a las nueve de la mañana, la espero en el portal de su casa. ¿Dónde vive usted?

IRE. ¿Dónde vivo?

ROG. ¡Claro!

IRE. No se lo puedo decir a usted.

ROG. ¿No? ¿Por qué?

IRE. ¡Hombre! Compréndalo usted... Así, de repente. No me parece bien... No es correcto. Si usted quiere, nos citaremos en una plaza muy grande que he visto yo. Verá usted... Delante del Hotel de Francia.

ROG. Como usted quiera.

ROG. Pero es extraordinario... ¡Extraordinario!

IRE. ¿Qué?

ROG. Figúrese usted. Llego a esta ciudad hoy, sin conocer a nadie, y cuando esperaba aburrirme como una ostra, encuentro la camarada más deliciosa que podía soñar... *(Sonriendo.)* Y al decir camarada, me quedo muy corto... Porque si quiere usted saber todo lo que estoy pensando en este momento, la diré que no me sorprenderá ver que un día nos queremos los dos...

IRE. ¡Ah! ¿Sí? ¿Pero si apenas hace un cuarto de hora que me conoce usted?

ROG. Sí, tiene usted razón. Yo soy el primer sorprendido. Créame: a mí no me ha sucedido esto nunca... Porque soy muy reservado, muy tímido...

IRE. ¡Pues nadie lo diría!

ROG. Pero... ¡Qué sé yo! Usted... No sé, pero con usted me parece que tengo una confianza.., una confianza... Vamos, que la hablo y creo que nos conocemos de toda la vida...

IRE. *(Riendo.)* ¿Sí?

ROG. Sí, señora, sí... La miro, la hablo y estoy tan a gusto... Me siento dichoso... Y ahí tiene usted. Cuando dentro de unos momentos nos separemos. tendré un gran sentimiento... ¡Oh! ¡Estoy seguro!

IRE. *(Emocionada.)* ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Cae en una silla.)*

ROG. ¿Qué la sucede a usted? ¿Qué tiene?

IRE. No lo puede usted comprender... Esas palabras tan sencillas..., tan naturales... Son tan nuevas para mí... No me las han dicho nunca...

ROG. ¿No?

IRE. No, no... De esa manera, no... A mí también me sucede algo por el estilo... Esa declaración que acaba usted de hacerme... así..., sin palabrería..., sin frases..., me ha emocionado de un modo... ¡Oh! ¡Sí! Es otra cosa... Otra cosa...

ROG. ¡Oh! ¡Cuánto la voy a querer a usted! (*Contando con los dedos.*) A ver... Martes, miércoles, jueves, viernes, sábado... ¡Pero no llega nunca el domingo!

IRE. Podríamos vernos antes.

ROG. ¡Esa es una gran idea!... A mí ya se me había ocurrido, pero... no me atrevía... ¿Qué hora tenemos?

IRE. Las doce menos diez.

ROG. ¿A qué hora va usted a almorzar?

IRE. A las doce.

ROG. ¿Quiere usted que venga a buscarla?

IRE. ¿Hoy?

ROG. ¡Claro!

IRE. Pero... ¿y todas esas cosas que tiene usted que hacer?

ROG. Las despacho en un momento y así me quedará la tarde libre. Será la última, por ahora. Pero me la pasaré aquí, viéndola vender zapatos.

IRE. Le advierto a usted que vendo muy poco.

ROG. Ya lo veo. Es magnífica esta tienda. No entra nadie.

IRE. ¡Nadie!

ROG. ¡Genoveva! (*Cogiéndola el talle.*)

IRE. ¡Rogelio!

ROG. (*Estupefacto.*) ¿Cómo sabe usted que yo me llamo Rogelio?

IRE. Pero si me lo acaba usted de decir... Rogelio Fleuriot.

ROG. Es verdad... Pero no me acuerdo... Ya se me olvida hasta lo que digo. Para que me ocurra esto, es preciso que yo la quiera a usted mucho ya.

IRE. ¡Pues y yo!...

ESCENA VIII

DICHOS *y* FILOSEL

FIL. (*Jadeante.*) Soy yo... He recorrido todos los hoteles. No le he encontrado... (*Viendo a Rogelio.*) ¡Claro! Ahora me explico por qué no le encontraba.

IRE. Este caballero volvió cinco minutos después de marcharse usted.

FIL. ¡Ah! Muy bien.

ROG. Señor Filosel... Sepa usted que desde hoy formo parte de la clientela de este establecimiento. Me va usted a hacer un par de zapatos de lona para el día catorce de Julio. Pero vendré a probármelos todos los días.

IRE. (*Aparte.*) ¡Cuánto me quiere!

ROG. Hasta en seguida, señorita... Digo, no... Hasta en seguida, Genoveva. Voy a darme prisa para estar aquí a mediodía. (*A Filosel.*) Ya lo sabe usted... ¡Todos los días! (*Sin dejar de mirar a Genoveva.*) Adiós, señor Filosel. ¡Qué simpático me es usted, señor Filosel. (*Vase* ROGELIO.)

ESCENA IX

IRENE *y* FILOSEL

IRE. ¿Ha visto usted qué amable? ¿Qué cariñoso? No se parece a los demás hombres.

FIL. ¡Qué se ha de parecer! Un hombre que en Octubre encarga unos zapatos para el mes de Julio!

IRE. Pero usted no comprende que es un pretexto.

FIL. Sí, sí... ¡Vaya si lo comprendo! ¡Lo comprendo todo!

IRE. Pero estará usted rendido. ¡Cuánto le he hecho a usted correr!

FIL. ¡Ah! Eso si que no. He ido en coche... Ya se acabaron aquí las privaciones.

IRE. (*Sacando dinero.*) Sí, señor... Y para empezar, voy a darle a usted... dos mil francos... (*Los deja sobre la mesa.*) Como compensación.

FIL. Entonces, ya son doce mil... ¡Doce mil! El primer año de alquiler anticipado!

IRE. ¿Qué alquiler?

FIL. Gracias a usted, voy a poder alquilar la tienda de al lado. ¡Agrando el establecimiento! ¡Mi sueño! ¡Mi sueño!

IRE Así me gusta. Que todos realicen hoy sus aspiraciones! ¡Ah, querido Filosel! ¡Qué dichosa soy! Me parece que me voy a quedar aquí toda mi vida.

FIL. ¿A mil francos diarios? ¡Trescientos sesenta y cinco mil francos al año! ¡Trescientos sesenta y seis mil los años bisiestos! ¿Qué edad tiene usted?

IRE. ¡Veinticinco años!

FIL. ¡La fortuna! ¡Es la fortuna! ¿Me necesita usted ahora?

IRE. No, señor, no... Voy a esperar a Rogelio.

FIL. Muy bien. Yo voy a ver al propietario. Pero ya no le alquilo la tienda... ¡Se la compro! Y la casa. También le compro la casa... Vuelvo... Vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA X

IRENE, *sola*; *luego*, *el* CONDE DE LAVAL

IRE. ¡Es un buen hombre el señor Filosel! (*Mirando alrededor.*) Y la tienda es muy simpática... (*Dirigë una mirada a la calle.*) La población también parece simpática... (*Suena el teléfono.*) ¿Quién? Sí, señora, la zapatería Filosel... Aquí es... ¿De parte de quién? ¿De la señora Bordaló? Sí, señora... ¿Que no está usted contenta? ¿Que no la van bien los zapatos? ¡Qué lástima! Cuando todo va hoy tan bien... Nada, nada..., se la cambiarán... Todo lo

que usted quiera, señora... El precio que usted quiera, señora... (*Entra el* Conde de Laval *y se queda estupefacto.*) Sí, señora... Ya lo sé que soy muy amable... De acuerdo... Esta tarde, sí, señora... Buenos días, señora... Muchos saludos... Besos a los niños. (*Cuelga el aparato, y al volverse, ve a* Laval.) ¡Cómo! ¡Usted!... ¡Qué sorpresa! No sabe usted cuanto celebro verle. Tengo que contarle muchísimas cosas...

Lav. ¡Irene! Pero... es usted... ¿Usted con ese vestido? ¿Usted en una zapatería, despachando a los clientes, mientras yo corro locos a Monte-Carlo, y su padre cena silenciosamente con un matrimonio dinamarqués desconocido?...

Ire. En primer lugar, si iba usted a Monte-Carlo, ¿cómo está ahora aquí?

Lav. Porque resulta que la doncella que viene con usted, es novia de mi chauffeur.

Ire. ¿Anita? ¡No sabía nada!

Lav. Ni yo tampoco. Lo he sabido ayer noche al salir de París. Íbamos a ochenta por hora, y dije al chauffeur: corre lo que puedas, que quiero alcanzar a la Marquesa antes de mediodía... Entonces, el chauffeur, tranquilamente, me contestó si el señor Conde quiere alcanzar a la señora Marquesa, no va por buen camino. La señora Marquesa está en Nancy... ¿Cómo lo sabes tú...? Por Anita, la doncella que va con la señora, y que me ha telefoneado antes de partir.

Ire. ¿Eh? ¿Qué le parece a usted? Para que tenga una confianza en los criados.

Lav. He llegado aquí hace media hora. He preguntado en el mejor hotel por una señora joven, linda y un poco tumultuosa.

Ire. (*Ríe.*) ¡Esa soy yo!

Lav. Me han contestado que había usted salido del hotel dando al chauffeur las señas de la zapate-

ría Filosel. Y aquí estoy... ¿Me quiere usted decir qué significa esto?

IRE. Esto quiere decir, que para conquistar la felicidad, hay que pasar algún rato malo. El orgullo de Rogelio, le impedía elevarse hasta mí... ¡Y he descendido hasta él! ¿Ve usted qué fácil? Sencillísimo... Pero no a todo el mundo se le ocurre...

LAV. ¿Y para descender hasta él, se ha disfrazado usted de zapatera?

IRE. Si habla usted todo el tiempo, no podré explicar a usted nada...

LAV. ¡Yo!

IRE. Dije a Rogelio que tenía una hermana empleada en la zapatería Filosel, de Nancy... Genoveva.

LAV. ¡Muy ingenioso! Genoveva...

IRE. Le confié un encargo para ella, que me ha traído hace un momento... Y en cuanto me vió sencilla, laboriosa, modesta, vamos.., igual que él.., me ha dicho en un cuarto de hora todo lo que ha callado durante quince días... ¡Ah! ¡Mi querido Conde...! Si en vez de hablar con usted, hablara con otro ahora, le diría que soy completamente dichosa...

LAV. No, no... Dígalo usted... Si no crea usted que yo me desespero, ni renuncio... Esa.., es una felicidad que no puede durar.

IRE. ¿Por qué?

LAV. Venga usted aquí, Irene... Y contésteme... Antes de introducir un cambio tan profundo en su vida y antes de destrozar la mía, ¿está usted segura de que ese joven la quiere a usted?

IRE. ¿Cómo lo voy a dudar?

LAV. Irene, no se haga usted ilusiones. A la que quiere es a la otra... A la que usted finge ser... A Genoveva, la joven linda y modesta, tan diferente de la Marquesa de Pilaf.

RE. ¿Qué sutilezas está usted inventando? Mi herma-

na y yo, somos una misma persona. ¡Soy siempre yo! ¿O es que no sabe usted que mi hermana no existe?

LAV. En la realidad, desde luego. En la fantasía de ese muchacho, sí. Son dos personas absolutamente distintas. ¡Ese muchacho está enamorado de una mujer que no existe!

IRE. ¡Rogelio está enamorado de mí! ¡Me ha querido siempre! Hasta hoy no me lo ha confesado, pero me ha querido desde que me vió por primera vez.

LAV. ¡Ya lo veremos!

ESCENA XI

DICHOS *y* ROGELIO

ROG. Aquí estoy yo... Me parece que no he tardado ¿eh? (*Viendo a Laval.*) ¡Cómo! Señor Conde... ¡El señor Conde aquí!

LAV. Sí, señor, aquí estoy...

IRE. (*Interviniendo.*) El Conde está muy afectado por la escapatoria de Irene, y viene a consultarme... Quiere que yo le diga lo que ha de hacer.

LAV. Aunque viven separadas, Genoveva conoce tanto a Irene, que nadie mejor que ella puede aconsejarme en esta ocasión.

ROG. En ese caso, no quiero molestar a ustedes, y me retiro.

LAV. ¡Nada de eso! El importuno soy yo. Yo, que he venido a interrumpir a ustedes. Genoveva me ha confiado sus secretos. Ya me ha dicho la gran amistad..., la amistad fulminante que ha unido a ustedes. La «particular» amistad...

ROG. (*Encantado.*) Sí, señor, sí... De repente... Una amistad particular, como usted dice... Muy particular.

LAV. Le felicito a usted; porque, después de Irene, claro, creo que Genoveva es la mujer más encantadora de la tierra.

ROG. Es usted muy amable, señor Conde.

IRE. Y el caso es que yo no sé qué aconsejar al Conde. Pero usted (*A Rogelio.*) va a ayudarnos.

ROG. ¿Yo?

IRE. Sí, porque ha estado más cerca de Irene estos últimos días.

ROG. Pero yo me ocupaba de clasificar los libros. La Marquesa no me confiaba sus intimidades.

IRE. No importa. La opinión de usted nos será muy útil. Vamos a ver. ¿Cree usted que la fuga de mi hermana es cosa grave? ¿Le parece a usted que el Conde debe perseverar en su propósito de casarse con ella?

ROG. Verá usted. Es una cosa tan delicada.

LAV. Diga usted su opinión con franqueza. Yo no me asusto. Ya comprenderá usted que, en mi situación, se puede escuchar todo.

ROG. Bien, bien. Y ya que insisten ustedes...

IRE.)
LAV.) Sí, sí.

ROG. Pues mire usted: yo, en su puesto, no me molestaría en perseguirla.

IRE. ¿No?

ROG. No será usted feliz si se casa. Es una mujer seductora, no cabe duda; pero tan fantástica, tan caprichosa... ¡Qué quiere usted! ¡A mí me ha parecido siempre insoportable!

IRE. (*Conteniéndose.*) ¡Oh!

LAV. (*Sonriente, a Irene.*) ¿Qué dice usted de esto?

IRE. (*Estallando.*) ¡Es abominable!

ROG. (*Sorprendido.*) Genoveva...

IRE. Entonces, su timidez cuando yo le hablaba... Los libros que se le caían de las manos... La negativa a escribir el telegrama que le dicté para Biscornet...

ROG. (*Estupefacto.*) ¿Eh? ¡Usted! ¡Usted!

IRE. ¿Todas esas cosas las he soñado yo? ¿No han pa-

sado más que en mi imaginación? ¿Yo he podid
creer que estaba locamente enamorado de mí u
hombre que me juzgaba insoportable? Señor Fleu
riot, es usted un insolente.

ROG. (*Aterrado.*) ¡La Marquesa! ¡Es la Marquesa!

LAV. Sí, señor Fleuriot: la Marquesa de Pilaf... La hij
única del Marqués de Obiñey. Doy por recibida
todas sus explicaciones.

IRE. No me hacen falta, Conde. Mi coche está en
Hotel de Francia. Haga usted el favor de ir a bu
carle. Regresaremos inmediatamente a París, y
¡nos casaremos dentro de un mes!

LAV. ¡Menos mal! (*Pausa.*) Y eso, que no sé. Me pare
ce que no es el amor lo que la empuja a usted e
esta ocasión. Pero no importa. Me he acostumbra
do a contentarme con poco. Vuelvo con el coch
antes de quince minutos. (*Desde la puerta.*) ¡Seño
Fleuriot, un millón de gracias por su amable in
tervención! (*Vase.*)

ESCENA XII

IRENE *y* ROGELIO

IRE. Y yo, en tanto... (*Se dirige a la izquierda.*)

ROG. (*Suplicante.*) ¡Genoveva! No se vaya usted así,
lo suplico.

IRE. (*Altivamente.*) ¿Qué dice usted?

ROG. Sí... Ya lo sé... He sido un poco insolente... Per
yo no podía adivinar que usted... ¿Por qué se h
burlado usted de mí? ¿Qué la he hecho yo a usted

IRE. No insistá. No hablemos más de eso. Es usted de
masiado tonto.

ROG. Perdone usted, señora. Sí... Insisto... Respetuosa
mente, pero insisto. Está bien ser inmensament
rica. Está bien ser Marquesa. Pero eso no da de
recho a nadie para representar una comedia ta
cruel.

IRE. ¿Usted cree que esto ha sido una farsa?

ROG. Busque usted otra palabra, si quiere. Yo estab

bien tranquilo... No pensaba en usted, y por capricho, por coquetería, no sé por qué..., inventa usted una hermana, a la que vengo a ver, y que me vuelve loco de amor y felicidad... Luego, cuando ya se ha divertido usted bastante a costa mía, me anuncia usted que es hija única, cambia de disfraz y se va. ¿Qué se había usted propuesto?

IRE. ¡Ah! ¿Usted cree que he obrado así por capricho y por coquetería?

ROG. ¿Qué otro sentimiento ha podido inspirar a usted?

IRE. ¿Usted no lo adivina?

ROG. Señora, yo... Es decir, no me atrevo. Porque... vamos. ¡No es posible! Yo, Rogelio Fleuriot, catedrático suplente... Y hasta mañana no lo soy... Es posible que una dama, una gran dama, me haya distinguido, enamorándose... ¡No! ¡No! No puede ser. ¡Sería insensato!

IRE. ¡Claro! Es insensato, porque usted no me quiere. Pero es que yo, sí, yo he creido que usted me quería.

ROG. (*Desesperado.*) ¡Pero si yo la quiero!

IRE. Hace cinco minutos ha dicho usted que no podía soportarme. ¡Póngase usted de acuerdo con usted mismo!

ROG. No es difícil. No crea usted que en mis palabras existe la menor contradicción. A mí me parecía usted insoportable, porque en cierto modo era un criado de usted. ¡La veía desde abajo! Y así se ve mal a las personas. ¡No la conocía a usted! No se había usted puesto ese vestidito modesto que me ha permitido intimar con usted. Pero ahora que me he aproximado a usted. Ahora... Ahora la quiero. La cosa me parece que no tiene nada de extraordinario.

IRE. (*Encantada.*) ¡Ah! ¿Usted me quiere? ¡Estaba segura! ¡Segura! ¡Y era yo la única que lo sabía!

ROG. Sí, señora. Pero ahora que lo sé yo también, cre
usted que no hemos adelantado nada ninguno d
los dos. Usted se irá del brazo del señor Cond
de Laval, y yo no podré pensar más que en u
ted. Me moriré de desesperación.

IRE. Vamos a ver. Acaba usted de descubrir a un mi
mo tiempo que yo le quiero y que usted está en
morado de mí. Yo no veo más que una solució

ROG. ¿Cuál?

IRE. Que pida usted mi mano.

ROG. ¿Que yo?... Que usted... Marquesa. . ¡Millonari
¡Ah! Eso es imposible. Yo no soy más que un m
desto profesor.

IRE. ¡Alto ahí! Usted me ha dicho que escribe libro

ROG. ¡Oh! Libros... Estoy preparando uno.

IRE. Pero después de ese, escribirá otros, que tendrá
gran éxito, que tirarán cien mil ejemplares, qu
llenarán los escaparates de las librerías.

ROG. Eso sí... Es posible.

IRE. ¡Es seguro! Porque, vamos a ver, Rogelio, ¿quié
nos dice que usted no será un día un hombre d
genio?

ROG. ¡Bah!

IRE. Y ese día será usted mucho más rico que yo. E
una cuestión de años, de meses... ¡Quién sabe s
de semanas! Víctor Hugo y Montepín, han gana
do millones.

ROG. Eso sí es verdad.

IRE. (*Coqueta.*) Entonces...

ROG. Entonces, ¿qué? Tiene usted razón. Señorita Ge
noveva: ¿quiere usted hacerme el honor de con
cederme su mano?

IRE. (*Radiante.*) ¡Al fin!

ROG. Al fin, sí. Te adoro y soy el más feliz de los hom
bres.

IRE. (*Dichosa.*) ¡Rogelio! ¡Rogelio! ¡Amor mío! (*Brusca
mente.*) Y ahora, no podemos perder un minuto

Vamos a regresar a París en seguida. Mira por donde este viaje tan largo que hice sola esta noche, le haremos ahora muy juntos los dos. Espérame, voy a cambiar de vestido.

ROG. *(Deteniéndola.)* No. ¡Todavía, no!

IRE. *(Cariñosa.)* Sí. Tienes razón. No me debo quitar éste todavía. ¡Sería una ingratitud! ¡Hasta esta noche, seguiré siendo Genoveva!

ROG. ¡Es una gran idea!

IRE. Pasaremos la tarde visitando esta ciudad, donde he sido tan dichosa. Toda la tarde pasearemos cogiditos del brazo, a pie. ¡Ah! ¡Qué divertido es ser pobre! El auto nos seguirá, por si acaso nos cansamos.

ROG. ¡Iremos a la feria de la plaza!

IRE. Es verdad. Ya se me había olvidado que hay feria en la plaza. Nos subiremos a los caballitos...

ROG. Tiraremos al blanco y merendaremos en el campo.

IRE. Sí, sí. Haremos todas esas cosas que yo no he visto hacer nunca más que a las gentes que son felices.

ROG. (*Estrechándola por el talle.*) ¡Vida mía!

IRE. ¡Rogelio! ¡Rogelio!... ¡Cuánto te quiero! ¡Me parece que mi vida ha comenzado hoy!

ESCENA XIII

DICHOS *y* LAVAL

LAV. *(Entrando.)* El coche espera en la plaza... (*Viéndolos.*) ¡Eh!

IRE. *(Contentísima.)* ¡Ah! Conde. Estábamos equivocados. ¡Rogelio me quiere!... ¡Me ha querido siempre! Y yo.., ya lo sabe usted. Le adoro... Me caso con él dentro de quince días. Espéreme usted. voy a ponerme el sombrero y nos vamos. *(Vase izquierda.)*

LAV. (*Estupefacto.*) ¿Que.., que se casan ustedes?

ROG. Así parece, sí, señor. ¡Oh! Yo me atrevería... Yo

no me hubiera atrevido nunca... Pero la Marquesa me ha convencido.

LAV. *(Sonriente.)* ¡Oh! No se disculpe usted. Ya verá usted como ahora, al llegar a París, cuando le presente a usted a la familia y a los amigos, la Marquesa recibirá las felicitaciones de todo el mundo.

ROG. Muchas gracias. señor Conde. Es usted muy amable.

IRE. *(Entrando ya aviada.)* Ya estoy dispuesta.

ROG. Es que yo debo avisar al Instituto. Mañana co comienza el curso.

IRE. El Conde arreglará todo eso. ¿Verdad? Visite usted al Rector y dígale lo que ocurre.

LAV. Con mucho gusto. ¿No tiene usted ningún otro encarguito que dejarme? *(Con sorna.)*

IRE. ¡Ah! No... Nada de enfados. ¡A ver si me va usted a amargar estas horas de felicidad! No quiero ver a nadie que no esté contento a mi al rededor. Usted seguirá siendo siempre nuestro amigo ¿Vendrá usted a casa?

LAV. ¡Descuide usted!

IRE. ¡Así me gusta! Porque yo le quiero a usted. Me es usted muy simpático. *(Cogiendo a Rogelio de la mano.)* Vamos, Rogelio... ¡Ah! Mira allí una florista. Vamos a comprarla todas las rosas que lleve. ¡Dios mío! ¡Qué divertido es esto de ser pobres! Anda, Rogelio... Vamos... *(Vanse por el foro. Sus palabras se pierden a lo lejos.)*

ESCENA XIV

LAVAL, *solo; luego,* FILOSEL

LAV. Y lo más gracioso de todo es que ella se lo cree. Que se cree de veras que es feliz. ¡Vaya si nos veremos en París! No... Yo no abandono la partida ¡Y el día que volvamos a vernos, no se atreverá a decir que no soy inteligente! *(Entra* FILOSEL.) ¿Qué desea usted, caballero?

FIL. ¿Yo? No, no... Soy yo quien debe preguntar lo

que usted desea. Yo soy el señor Filosel... Pero veo que está usted solo... ¿Se ocupan de usted?

LAV. No, señor. ¡Y no puede usted imaginarse lo poco que se ocupan de mí!

FIL. Pero eso es imperdonable. !Vaya! ¡A ver..., señorita!.. La dependienta... ¿Dónde está la dependienta?

LAV. ¿La señorita Genoveva?

FIL. Sí... ¿La conoce usted? ¡Es la muchacha más buena de la tierra! Aquí en mi casa está desde hace dos años...

LAV. (*Irónico.*) ¿Sí, eh? Pues desde hace cinco minutos ya no está.

FIL. (*Aterrado.*) ¿Qué dice usted?

LAV. Digo que acaba de marcharse a París, con el hombre de quien está enamorada.

FIL. ¡El catedrático!

LAV. ¡Y ya no los volverá usted a ver más!

FIL. ¡Dios mío! Pero ella... ¿No ha dejado nada para mí?

LAV. ¡Comprenderá usted, que de usted era de lo que menos se acordaba!

FIL. ¡Pero esto es espantoso! Yo, que acabo de entregar íntegramente los doce mil francos al propietario! Y me he comprometido a hacer las obras... ¡Es mi ruina! ¡Mi ruina!

LAV. ¡No será tanto!

FIL. ¡Me había prometido que se quedaría en mi casa toda la vida!

LAV. ¡Y a mí! A mí también me lo había prometido. Pero ¡qué quiere usted! ¡Las mujeres...! Adiós señor Filosel.

FIL. ¡Adiós huevos, lechón, vaca, ternero!

LAV. ¿Eh?

FIL. No es a usted caballero. Es la fábula de la lechera.

LAV. ¡Ah! Dígame usted... ¿Dónde está el Instituto? (IRMA *a la puerta.*)

FIL. ¡Puede que crea usted que me importa saber donde está el Instituto!

LAV. Mil gracias... (*Va a salir en el momento que entra* IRMA.)

IRMA. Siga usted toda esta calle, caballero. Al final tuerce usted a la derecha, desemboca usted en la plaza, y de las dos calles de enfrente, toma usted la de la izquierda, hasta llegar a una gran carnecería... Una vez allí...

LAV. Sí, sí... Una vez allí, preguntaré... Me parece que tendré que preguntar mucho antes de llegar allí... Mil gracias, señora... (*Vase* LAVAL.)

TELON

ACTO TERCERO

Diez días después, en París, en casa de Irene. Un gran salón en un día de recepción. Al foro, frente al público, chimenea. Encima, un gran retrato de hombre, en traje Luis XV. Es el Mariscal Marqués de Pilaf (1690-1762.)

A la izquierda, en chaflán, entrada a los salones contiguos. A la derecha, en chaflán, gran balcón sobre el jardín.

En los primeros términos, puertas. Muebles Luis XIV, de gran lujo. Son las seis de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA, ALFONSO, BENJAMÍN; *luego,* IRENE

(Al levantarse el telón BENJAMÍN *está disponiendo las flores en el centro, en la chimenea, etc., etc.* ALFONSO *adorna otra «corbeille» que habrá delante del balcón. Los dos criados, de frac, igual que en el primer acto.)*

ENR. *(Entra por la izquierda, primer término, con una hoja grande de papel y varios cartones en la mano.)* Alfonso, ¿está ya preparada la mesa?

ALF. Creo que sí, señorita... Veintiséis cubiertos.

ENR. No. Veinticinco. La Duquesa tiene un ataque de gota y no viene. Todo mi trabajo, es trabajo perdido. ¡Oh! ¡Qué aburrimiento! Venga usted conmigo, Alfonso. Hay que preparar los licores. *(Vase* ALFONSO *por el foro izquierda. Cuando Enriqueta se dispone a seguirle, entra* IRENE *por la izquierda primer término.)*

IRE. Enriqueta... ¿Y la mesa?

ENR. Creo que estará a gusto de la señora... Si la señora quiere verlo...

IRE. Luego iré. Como hace un tiempo espléndido, bajaremos al jardín después de cenar.

ENR. Bien, señora Marquesa. (*Vase* ENRIQUETA *foro izquierda.)*

ESCENA II

IRENE *y el* MARQUÉS.

MAR. *(Entrando por la derecha con un periódico en la mano.)* ¡Muy buena idea! ¡Esta noche no hay luna!... Las parejas de enamorados podrán extraviarse por las frondosas alamedas!...

IRE. Tú no piensas más que en el amor. Pues te advierto que ya no estás para esas cosas.

MAR. No lo creas... ¿Has visto lo que dice este periódico? *(Leyendo.)* «Ecos de la Costa Azul. Se dice que la Marquesa de Pilaf, que debía honrar con su presencia el estreno de la ópera de Biscornet, ha desistido de su viaje a última hora. Ha preferido el cielo gris de Nancy al claro azul de Monte Carlo... Las pequeñas fugas, a las nobles melodías.»

IRE. Eso debe haberlo inspirado Biscornet.

MAR. Justamente. Por eso estaba decidido a enviarle los padrinos...

IRE. Mira, papá... Haz el favor de no meterte en desafíos.

MAR. No, si ya no hay necesidad. El Conde de Laval se ha adelantado.

IRE. *(Sorprendida.)* ¿Laval?

MAR. Sí. Encontró a Biscornet en el Círculo. Discutieron..., se insultaron.

IRE. ¿Y quién le manda al Conde meterse donde no le importa?

MAR. Eso precisamente le he dicho yo... ¿Quién le manda a usted meterse en eso? ¡Irene tiene un padre!

IRE. Y sobre todo, tengo un futuro esposo.

MAR. Es verdad. Pero mira tú... Eso no se me había

ocurrido. Sí: tienes un futuro esposo. ¿Y qué tal está el señor Fleuriot?

IRE. Tú no sabes cómo se ha adaptado ya a nuestras maneras y nuestros gustos. Dentro de unas cuantas semanas, le verás. ¡Será irreprochable!

MAR. Esperémoslo. Pero cuando pienso que teníamos a Laval... Este hombre sí que estaba hecho para ser mi yerno. ¿Viene a cenar con nosotros esta noche?

IRE. Naturalmente. Es un amigo íntimo de la casa, y Rogelio ha simpatizado muchísimo con él.

MAR. (*Viendo a* ROGELIO, *que entra por el foro izquierda.*) Toma, pues si está aquí el padre de mis nietos futuros.

ESCENA III

DICHOS *y* ROGELIO

ROG. (*Entrando.*) Buenas tardes, Marquesa. ¿Qué tal, señor Marqués?

MAR. ¡Hola, yerno! Encantado de verle. Pero ¿qué es eso? ¿De frac a estas horas? ¿No le ves? ¡De frac a estas horas!

IRE. (*Contrariada, pero disimulando.*) ¿Eh? Sí... Claro que viene de frac. ¿Por qué no? (*A Rogelio, después de una pausa.*) Un poco temprano es, desde luego. ¿Por qué te has puesto ya de frac?

ROG. Verá usted... Digo, verás... Es que he querido venir antes para verte a solas, sin los invitados. Y para no tener que volver luego otra vez a mi casa a vestirme, he preferido hacerlo ya.

MAR. De todos modos, puede usted quitarse los guantes.

ROG. (*Ingenuamente.*) Tiene usted razón, no se me vayan a ensuciar.

MAR. ¡Es divertidísimo! Acabará usted por ser mi debilidad, querido yerno. Cada vez que le recuerdo a usted subido en la escalera y colocando libros en la biblioteca... ¡Vaya si ha subido usted! Mejor dicho, ¡vaya si ha bajado!

IRE. ¡Papá!

MAR. ¿Qué, hija mía? No creo que sea molesto lo que le digo. Me es muy simpático el amigo Fleuriot. *(A Rogelio.)* Y a propósito... ¿Le gustaría a usted firmarse «de Fleuriot?

ROG. *(Sorprendido.)* ¿De Fleuriot? Mire usted, es una cosa en la que no había pensado.

MAR. Pues piénselo usted. Los dos; debéis pensarlo los dos. Yo tengo un amigo en el Consejo de Estado que se encargaría de conseguirlo.

IRE. (*Impaciente.*) Papá, te advierto que hace media hora que te están esperando los tapiceros en la galería.

MAR. Es verdad. Sí, voy allá; pero piense usted en eso. *(Desde el foro izquierda.)* ¡De Fleuriot! ¡De Fleuriot! (*Vase.*)

ESCENA IV

IRENE *y* ROGELIO

IRE. Este papá, tiene unas cosas...

ROG. Es muy simpático, y muy cariñoso.

IRE. ¿Sabes que no te había visto nunca de frac? ¡Te sienta muy bien! ¡Si fueran ya las ocho de la noche, no había nada que decir! Ven, acércate... Voy a arreglarte el nudo de la corbata.

ROG. Imposible. No se puede variar. Es un nudo hecho.

IRE. ¡Ah! Pues eso tampoco se lleva. Entérate bien, Rogelio.

ROG. Perdóname. Yo ignoraba...

IRE. Pero si no tiene nada de particular. Además, estas pequeñas cosas no se aprenden en ocho días. Poco a poco. Ven, siéntate.

ROG. *(Pausa.)* Marquesa, digo Irene... Irene... ¿Se puede saber quién es ese Conde de Valandrí, que viene a cenar y del que se habla con tanto misterio aquí?

IRE. ¡Es el Pretendiente!

ROG. ¿El Pretendiente? ¿Qué pretende?

IRE. ¡La corona de Francia!

ROG. ¿La corona? Pero entonces, ¿estará aquí de incógnito? Si lo saben, le expulsarán.

IRE. Por eso viaja con el título de Conde de Valandrí. Ha venido esta noche de Bruselas en avión. Es un gran amigo de la familia, y al saber que yo me volvía a casar, ha querido venir para conocer a mi futuro.

ROG. *(Maquinalmente.)* ¿Tu futuro? ¿Qué futuro?

IRE. ¿Quién va a ser? ¡Tú!

ROG. ¡Ah! Sí. Es verdad... No sé en qué estoy pensando. ¿De modo, que yo voy a cenar con el futuro rey de Francia?

IRE. ¡Oh! Lo que es rey de Francia, me parece difícil

ROG. ¡Es terrible!

IRE. Mira, Rogelio. En vez de sorprenderte ante las pequeñas dificultades de tu nueva situación, ¿no sería mejor que pensases en lo que tiene de agradable?

ROG. Sí, sí. Pero es que todo esto me parece una cosa tan extraordinaria, tan sorprendente. ¡Ah! ¿No sabes? ¡Mis padres han llegado hoy!

IRE. ¿Sí? ¿Y cómo están?

ROG. Muy bien. Los he instalado en una casa de viajeros. Están deseando conocerte.

IRE. Mañana iremos juntos a hacerles una visita. ¿Van a estar mucho tiempo aquí?

ROG. ¡Ah! No. Papá no puede dejar sola la farmacia más de dos o tres días. Pero volverán para asistir a la boda. Digo, si no hay algún inconveniente.

IRE. ¿Qué inconveniente puede haber? ¡Es lo natural!

ROG. Muchas gracias. *(Pausa.)* Habrá que ver lo orgulloso que irá papá dándote el brazo para entrar en la Iglesia.

IRE. ¿Sí? *(Aparte.)* Es verdad. Ya no me acordaba yo de la Iglesia. Oye, Rogelio, ¿qué has hecho esta tarde? ¿Has trabajado?

ROG. Sí... Ya he comenzado el capítulo segundo. Luego fuí a ver al editor. Está entusiasmado. Me ha hecho un buen contrato. Me dará mil francos al entregarle el libro, y luego, un franco cincuenta por cada ejemplar vendido.

IRE. ¿Un franco cincuenta? ¡No es mucho!

ROG. ¡Vaya si es! Hace un mes, cuando se lo propuse, no me ofrecía más que veinticinco céntimos. Los editores son libreros.

IRE. De todos modos... Ese librero debía recordar que mi difunto marido le compró libros por valor de trescientos mil francos.

ROG. Si se acuerda... ¡Vava si se acuerda! (*Pausa.*) Y ahora veo por qué me ha ofrecido tan excelentes condiciones... No es el libro... (*Pensativo.*) ¡Es mi matrimonio...! (*Se levanta.*)

IRE. ¿Por qué ha de ser eso? Vamos, vamos, no te pongas pensativo. ¡No eres ya el muchacho jovial y alegre que yo quiero tanto!

ROG. Es que... No sé... Esta vida nueva... Este mundo que no conozco... (*Haciendo un ademán con la mano.*) ¡Todo esto!

IRE. No creo que sea difícil acostumbrarse... Acuérdate de mí en la zapatería de Filosel... ¡Ya ves qué pronto me adapté!

ROG. ¡Es verdad..! ¡Estabas encantadora! (*Pensativo.*) ¡Genoveva Guitard..!

IRE. ¿Qué piensas?

ROG. No, nada... Es que por tu parte, la adaptación era más fácil. Descender es mucho más facil que elevarse. Pero yo me adaptaré... Ya hago todo lo posible... ¡Si supieras el trabajo que me cuesta!... (*Entra* ENRIQUETA *foro izquierda.*)

ENR. ¡Señora!

IRE. ¿Qué quiere usted, Enriqueta?

ENR. El adorno de la mesa está terminado...

IRE. Pues vamos allá. Ven conmigo, Rogelio.

ROG. No, no... Me quedo aquí... *(Aterrado.)* ¡Veintiseis cubiertos, y el Conde de Valandrí en medio! ¡Qué miedo!

IRE. *(Sonriendo.)* ¡El Conde no ha venido todavía!

ROG. No importa. Esa cena me va a impresionar... ¡Tiempo tengo de verlo! Me quedaré aquí leyendo un periódico.

IRE. ¡Ah! Sí. Lee «El Radical». Hay unas líneas en las que se ocupan de mí, y me gustaría saber tu opinión. *(Vase* IRENE *foro izquierda.)*

ESCENA V

ENRIQUETA, ROGELIO; *después,* IRENE

(Una pausa. Enriqueta recoge los cartones con el menú, mientras Rogelio lee el periódico.

ROG. ¡No es muy amable este periodista, no! *(Deja el periódico, y se aproxima a Enriqueta.)* ¿Permite usted, señorita? Quiero ver los nombres de los comensales...

ENR. (*Secamente.*) Tome usted.

ROG. (*Cogiendo los cartones.*) El Vizconde de La Tour. La Duquesa de Bry... La Baronesa Focican... Por lo visto no hay nadie sin título... El Príncipe de Condé... ¿Pero no se había muerto éste?

ENR. Debe ser un descendiente.

ROG. Es verdad. *(Enriqueta se dispone a salir.)* No, señorita Enriqueta. No se vaya usted todavía... ¡Me gusta tanto charlar un rato con usted!...

ENR. Como usted guste, señor.

OG. ¡Eh¡ ¿Señor? ¿Señor? ¡Me habla usted de un modo

NR. Es como debo hablar con usted... ¿No va usted a casarse con la Marquesa? Es usted el dueño de la casa.

OG. ¡Sí, claro!.. Pero bueno será olvidarlo de vez en cuando. ¿No quiere usted? Así odremos hablar como antes, cuando nos veíamos en la biblioteca, ¿se acuerda usted?

ENR. No podrá ser, porque yo, a fin de mes, dejo el se
vicio de la señora Marquesa.

ROG. ¿Ah?

ENR. Sí, señor. He encontrado una plaza de institutri
Siempre será más interesante que lo que hag
aquí.

ROG, Pero usted llevaba ya dos años con la Marque
y estaba usted muy contenta. ¿Es porque se ca
conmigo por lo que ha tomado usted esa dete
minación?

ENR. Quizá... ¡Qué quiere usted! Puede que sea u
poco mezquina esta manera de pensar... Pero h
ber sido camaradas, y de repente, tener que h
blar con usted poco menos que dándole trat
miento...

ROG. *(Apenado.)* ¡Oh, señorita! ¡Qué cosas dice uste
¿Pero usted cree que yo no soy el mismo?... Prec
samente cuando quería pedir a usted un favor
¡Otro!... Claro, que ahora ya no me atrevo.

ENR. (*Después de una pausa.*) ¿Por qué no? Puede uste
pedir el favor que quiera.

ROG. Verá usted... Mis padres han llegado del pueb
esta mañana. Como es natural, tienen unos d
seos locos de conocer a mi futura. Y yo, la ve
dad, estoy temiendo que se presenten aquí es
noche, sin avisar, a la hora de tomar el café.

ENR. *(Sobresaltada.)* ¿Aquí?

ROG. No, si yo pienso lo mismo que usted. Eso no
posible. No debe ser. Y la verdad, quisiera evita
lo. Esto sería desagradable para la Marquesa...
para mí. Si fuera usted tan amable...

ENR. ¿Quiere usted que los vea? ¿Que los hable yo?

ROG. Nadie mejor.

ENR. ¿Dónde viven?

ROG. En la pensión de la Bola de Oro..., en la cal
de Santiago.

ENR, *(Dulcificada.)* Pues no tenga usted cuidado. L

veré. Hablaré con ellos, y los pondré al corriente de todo. Puede usted estar tranquilo, que no habrá choque ninguno...

OG. ¡Ah! ¡Qué buena es usted, señorita Enriqueta!

RE. *(Entrando.)* ¡Espléndida! La mesa está magnífica... La felicito a usted, Enriqueta.

NR. Mil gracias, señora Marquesa... Ahora abriré el salón directorio. (*Vase* ENRIQUETA *foro izquierda.*)

RE. Sí, sí. Vaya usted.

ESCENA VI

IRENE, ROGELIO; *luego*, BENJAMIN

RE. ¿Qué? ¿Has leído ese periódico?

OG. Sí. Es un poco molesto lo que dice. Yo que tú no lo dejaría pasar así.

RE. ¿No?

OG. ¡Vaya! Yo le contestaría. Tú tienes derecho a contestar y a que se publique en el mismo lugar... Así lo dispone la ley de mil ochocientos ochenta y tres.

RE. Pero ¿qué voy a contestar?

OG. Si quieres, yo te haré el borrador. Unas cuantas líneas nada más. Si te parece, las firmas y las envías al periódico.

RE. *(Sorprendida.)* ¡Yo!

OG. ¿Por qué no? Te aseguro que será una cosa muy enérgica. Voy a hacer el borrador en un momento en la biblioteca... ¡La biblioteca! Es la habitación que más me gusta de la casa. Donde me encuentro más a mis anchas. Vuelvo en seguida. *(Vase* ROGELIO *por la derecha. Irene le ve salir pensativa y triste. Una pausa. Entra* BENJAMIN *muy conmovido por foro izquierda.)*

EN. ¡Señora!

RE. ¿Qué hay, Benjamín?

EN. Su alteza, el conde de Valandrí, pregunta si puede recibirle la señora Marquesa.

IRE. *(Sorprendida.)* ¿El Conde ya? Pero si apenas s
las siete. Dígale usted que entre... en seguida.

BEN. Bien, señora Marquesa. *(Vase* BENJAMIN.*)*

IRE. Es extraño que se haya adelantado una hora.

BEN. *(Anunciando.)* ¡Su alteza el señor Conde de Vala
drín!

ESCENA VIII

IRENE *y* FILOSEL

IRE. *(Precipitándose. Viendo entrar a* FILOSEL *por el fo
izquierda.)* ¿Usted? ¿Pero qué es esto? *(Reconoci
dole.)* ¡Si es Filosel!

FÍL. ¡Sí, señora Marquesa, soy Filosel! Los porteros
me dejaban pasar. Me han dicho que era impos
ble ver a usted hoy, que daba usted un gran ba
quete en honor del Conde de Valandrí, y no rec
bía a nadie. Entonces le he preguntado al port
ro: ¿conoce usted al Conde de Valandrí? El po
tero me dijo que no. Vi el cielo abierto. Grit
¡el Conde de Valandrí, soy yo! Perdone uste
que haya apelado a este recurso, señora Marqu
sa, pero he venido de Nancy para ver a usted,
tengo que regresar mañana a primera hora.

BEN. *(Desde el foro.)* ¿La señora quiere que acompañ
hasta la puerta a este caballero?

FIL. *(Suplicante.)* ¡Oh, señor Chambelan! ¡Por Dio
señora Marquesa!

IRE. No, no. Déjele usted. Es un antiguo amigo *(Va
BENJAMÍN.)*

FIL. Gracias, señora Marquesa. Un millón de gracias
Vuestra alteza, es buena y generosa. No esperab
menos de usted.

IRE. ¡Yo no soy olvidadiza, señor Filosel! Usted m
recuerda el día más feliz de mi vida.

FIL. ¡Yo, en cambio, siento no poder decir otro tanto

IRE. ¿No? ¿Por qué?

FIL. ¡Cómo! ¿Que por qué? ¿Pero usted olvida que m

prometió mil francos diarios? Como es natural, yo comencé a instalarme en seguida contando con esa renta. Alquilé una tienda, compré la casa, encargué unas obras. Y de pronto, ¡plaf! ¡En menos de dos horas se esfuma usted! ¿Vuestra alteza se da cuenta de la situación en que me deja?

IRE. En primer lugar, ¿cómo ha sabido usted mi nombre?

FIL. En el Hotel de Francia me lo dijeron en seguida. Por eso estoy aquí.

IRE. ¿Y qué es lo que tiene usted que decirme con tanta urgencia, señor Filosel?

FIL. Que es menester que vuestra alteza me salve. Que me hundo en el abismo donde vuestra excelencia me ha colocado. Que me tienda usted una mano señora Marquesa. ¡Que yo me precipito!

IRE. ¿Usted?

FIL. Sí, señora. Me precipito por una pendiente horrible. ¡Unos cuantos días sin que usted me preste su ayuda, y ¡dejo de ser un hombre honrado!

IRE. Mire usted, señor Filosel, esta noche doy una gran comida, y...

FIL. Muchas grarias, señora, pero me es imposible asistir. No, no. De ningún modo. No insista usted. Déjeme que la cuente lo que me pasa, y me voy.

IRE. *(Resignada.)* Bien, bien, pero dese usted prisa.

FIL. Gracias. Primero... ¿Usted se acordará de la señorita Irma?.. ¿La dependienta que la vendió el vestido?

IRE. Perfectamente.

FIL. Pues bien. Esa criatura infernal, enterada de las dificultades con que tropiezo, y orgullosa de los cien mil francos que posee, ha venido a ofrecerme nuevamente su mano. Yo me he encontrado «ante dos dilemas.» O dejar que vendan mi establecimiento, o venderme yo. Y he sucumbido.

Nuestra boda se celebrará el veinticuatro de C
tubre. Pero desde que se supo la noticia.., ust
no tiene idea, princesa. Los antiguos novios
Irma se han indignado. Los estudiantes, por l
noches, desfilan por delante de mi casa sonan
centenares de cencerros. ¡Qué escándalo, seño
qué escándalo!

IRE. Filosel, más bajo.

FIL. *(Bajando la voz.)* Y aún hay más. ¡La familia!

IRE. ¿La familia?

FIL. ¡Claro! La familia de mi futura. Cuando me dec
dí a casarme con Irma, no se me ocurrió pens
en su familia.

IRE. *(Pensativa.)* (Ni a mí tampoco.)

FIL. Su padre es comunista, bolchevique. Es partidar
del amor libre. Su madre es lavandera, y a l
nueve de la mañana ya está borracha todos l
días. Figúrese usted cuando yo entre en la igl
sia con mi suegra del brazo, dando traspiés. ¡E
horrible! ¡Horrible!

IRE. Si no comprendo mal, lo que usted quiere es con
servar la tienda y no casarse con Irma. Agranda
el establecimiento.

FIL. Sin disminuirme, sí, señora.

IRE. ¿Y qué dinero necesita usted?

FIL. Cincuenta mil francos.

IRE. Pues bien. Yo reconozco que en cierto mod
soy un poco responsable de lo que le sucede
Venga usted mañana por la mañana y pregunt
usted por la señorita Enriqueta. Ella le dará e
dinero que necesita.

FIL. *(Loco de alegría.)* ¡Oh! ¡Alteza! ¡Majestad!

IRE. ¡Por Dios, Filosel!

FIL. ¡Oh! Sí, sí. Ese gesto es el de una reina. ¡Hasta e
último día de mi vida podrá usted contar con l
gratitud de Filosel!

IRE. No hablemos de eso.

FIL. Pero yo no la pregunto a usted. ¿Qué? ¿Van bien las cosas? ¿Qué ha hecho usted del joven catedrático?

IRE. ¡Ah! ¿No sabe usted? ¡Nos vamos a casar!

FIL. ¡Ustedes también!

IRE. ¿Cómo? ¡Nosotros también!

FIL. Perdóneme usted. No es que yo establezca ninguna comparación. Pero mi obligación es aconsejarla a usted. Mucho cuidado, señora Marquesa. Piénselo usted bien... No debe uno descender..., ¡no hay que rebajarse! ¡Usted es una dama de la aristocracia... Desconfíe usted, Marquesa. Desconfíe usted.

IRE. (*Impaciente.*) Bien, bien, Filosel. Hasta mañana, ¿eh?

FIL. ¡Oh! ¡Sin falta, sí, señora! ¡Sin falta!

ESCENA VIII

DICHOS *y* ROGELIO.

ROG. (*Por la derecha.*) Señor Filosel... Caramba, qué sorpresa.

FIL. (*Estrechándole la mano.*) ¡Ah! El joven catedrático.

ROG. (*Muy alegre.*) ¡Qué sorpresa tan agradable! Usted no sabe la alegría que me da verle. (*A Irene.*) Y a ti también, ¿verdad? Estoy seguro. A ti también. ¡Qué recuerdos! ¡Nancy!... La zapatería... La calle de la Universidad. ¿Sigue sin pasar gente?

FIL. No. Desde hace unos días pasa muchísima gente. Sobre todo, por las noches.

ROG. Menos mal. ¿Y la feria? ¿Sigue la feria?

FIL. No, no, la feria ya se acabó.

ROG. ¡Qué lástima! (*A Irene.*) ¿Te acuerdas? La tarde que pasamos allí.

IRE. (*Contemplándole.*) ¡Vamos, hombre! ¡Al fin vuelvo a verte alegre!

ROG. Es que... al ver al señor Filosel..., no sé..., pero me he acordado de pronto de todo. ¡Hemos sido tan felices aquel día en Nancy!

IRE. *(Pensativa.)* ¡Oh! ¡Sí..., muy felices!

ROG. ¡Genoveva...!

IRE. El señor Filosel se iba ya. Acompáñale tú, Rogelio. ¿Quieres?

ROG. No faltaba más.

FIL. Señora Marquesa, hasta mañana.

ROG. Venga usted, Filosel, venga usted. Hay tantos salones que de fijo se perdería usted.

FIL. Ya veo, ya... *(A Irene.)* Está usted divinamente instalada. Si yo tuviera estos salones, aquí pondría los artículos de ropa blanca; allí, la confección; al otro extremo, la guantería.

ROG. *(Arrastrándole.)* ¡Qué alegría me ha dado verle. Usted no se puede figurar lo contento que estoy. Venga usted, señor Filosel, venga usted. *(Vanse* ROGELIO *y* FILOSEL *por el foro izquierda.)*

ESCENA IX

IRENE, *sola; luego, el* CONDE DE LAVAL

IRE. *(Después de una pausa.)* ¡Genoveva! ¡Es de Genoveva de la que se acuerda! ¡Es a Genoveva a la que quiere! No cabe duda, tengo una rival. Y una rival contra la que no puedo luchar, porque soy yo misma. La Marquesa.., no. A la Marquesa no la querrá jamás.

LAV. *(Entrando por izquierda.)* Buenas noches, Irene.

IRE. ¿Cómo? ¿Conde es usted ya? ¿Qué hora es?

LAV. No es tarde, no se alarme usted. Es que he querido venir un poco antes de la hora. ¡Un presentimiento! ¡Me figuraba que la encontraría a usted triste!

IRE. Pues se equivoca usted, porque no estoy triste.

LAV. Entonces, ¿por qué tiene usted lágrimas en los ojos?

IRE. No es cierto. ¡Yo no he llorado!

LAV. *(Afectuoso.)* ¡Vamos! ¡Vamos..! Por lo visto hay algo que nos apena?

E. No. Es decir, sí... No sé... ¡Ay, amigo mío! Me parece que no..., no soy dichosa.

V. ¿Qué no es usted dichosa? ¡Pero si esta noche todo respira aquí la alegría de vivir! Acabo de ver a su futuro esposo. Iba contentísimo charlando con el señor Filosel. Hacía mucho tiempo que no le había visto tan alegre.

E. ¡Ni yo tampoco! ¿Y sabe usted por qué está tan alegre Rogelio? Pues porque ha visto a Filosel, y le ha recordado todo. La escapatoria... La zapatería... Genoveva... ¡Porque usted tenía razón!.. ¡Rogelio está enamorado de Genoveva!

V. ¡Veo que empieza usted ya a darse cuenta!

E. ¡Oh! ¡No es la primera vez! Desde que regresasamos a París, el cariño de Rogelio, no es cariño, es deferencia. Al llegar aquí, ha vuelto a aparecer el joven tímido y temeroso que deja caer los libros en cuanto le dirijo la palabra. Y luego, le atrae de tal manera todo lo que es vulgar.., lo humilde... ¡Está tan lejos de mí..!

V. ¡No es culpa suya!

E. ¿Por qué no se aproxima él a mí? Yo, en cambio, ya ve usted cómo me acerqué!

V. No mucho tiempo. Lo justo para ir a buscarle.., ¡Ay! ¡Irene..., sigue usted siendo la encantadora niña mimada que satisface todos sus caprichos..., Ha visto usted pasar un joven modesto, sencillo laborioso.., vulgar..., un juguete de..., todo a sesenta y cinco... ¡Pero tan diferente de los demás, que en seguida gritó usted...: «¡Ah! ¡Qué gracioso! ¡Yo le quiero!.. ¡Qué me le den...!» Y le ha instalado usted triunfalmente en su casa. Pero aquí, en esos cojines dorados, al lado de todas las muñecas que usted posee, al lado de sus bibelots, el juguete de todo a sesenta y cinco, es una nota chillona que afea un poco el conjunto... Y ahora,

empieza usted a avergonzarse de él, y no sab
qué hacer, ni dónde colocarle.

IRE. *(Protestando.)* ¡Oh!

LAV. No tenga usted duda... Usted no pudo resistir a
capricho. Soñó usted con un amor de modistilla
Los paseos a la luz de la luna..., las meriendas e
el campo... La bohardilla con la ventana llena d
flores y el canario. Ha puesto usted la mirad
demasiado alto... ¡Es usted una ambiciosa!

IRE. ¡Ah! ¡Yo no sé lo que soy! ¡Lo que sé es que ten
go pena, mucha pena!... Usted no sabe lo que e
caer de golpe desde lo alto de una ilusión... Us
ted no se imagina lo que es ver al ser querid
que se aleja..., que se escapa...

LAV. *(Irónico.)* En efecto.., yo no debo saber lo que e
eso...

IRE. ¡Oh! ¡Perdóneme usted...! Cuando se tiene pena
no se piensa más que en lo que uno sufre.

LAV. No... Yo no he pensado nunca más que en usted

IRE. Entonces, compadézcame usted. Estoy tan triste..
Soy tan desgraciada.

LAV. Qué prisa se dan ustedes, las mujeres, para se
desgraciadas! Cuando todo las sonríe, todavía las
falta alguna cosa. Hace un mes estábamos en la
Opera oyendo el «Tristán»... ¿Se acuerda usted?
Con la boca llena de bombones me dijo usted que
me encontraba simpático... Evidentemente, aque-
llo no era la felicidad, desde luego, pero me parece
que aquella noche estaba usted más alegre qu
hoy. Mire usted..., mañana vuelven a cantar «Tris-
tan...» ¿Quiere usted que vayamos juntos a oírlo?

IRE. ¡Qué cosas tiene usted! ¿Cree usted que puedo bo-
rrar así, de golpe, los quince días que acaban de
transcurrir? No olvide usted que soy la prometida
de Rogelio.

LAV. También fué usted mi prometida. Pero, en fin, no
importa. Esperaré. Yo sé esperar. Y esto de saber

esperar es una gran fuerza. Además, debo confesar que en toda esta aventura yo tengo una pequeña responsabilidad. Sí, sí... Una gran responsabilidad. Cada mujer se ha hecho una idea distinta del amor, y yo no la he querido a usted como usted soñaba ser querida. Me he limitado a hacerla a usted el amor un poco en frío; es decir, en hombre de sociedad, en hombre de mundo. He tratado de distraerla, disimulando mi sensibilidad, porque estas cosas de la sensibilidad ahora no se llevan. No me atreví a entonar junto a su oido la eterna canción de amor que usted tenía tantos deseos de escuchar.

RE. *(Sorprendida.)* ¿Pero es posible? ¡Es la primera vez que le oigo a usted hablar así..! ¿Usted emocionado? ¿Usted sentimental? ¡Oh! Usted me quiere... ¡Usted! *(Pausa.)* Pero hay algo que no acabo de comprender. Usted me quiere, y, sin embargo, cuando yo le anuncié mi matrimonio con Rogelio, casi, casi nos felicitó a los dos. ¿Por qué?

LAV. Porque si yo hubiera intentado separarla a usted de él, hoy no la podría reconquistar. Hoy me encuentro colocado en mejor terreno. Se lucha más fácilmente contra un amor asesinado, que contra un recuerdo intacto.

RE. Creo que me equivoqué el día que le dije que no era usted inteligente.

LAV. Puede que lo sea un poco más desde que estuve a punto de perderla a usted.

RE. Pero ¿qué dice usted? A punto de perderme... Habla usted de todo esto como si se tratara de una aventura lejana, de un peligro que pasó... No, no. ¡Rogelio está aquí siempre! Y yo le quiero. ¡Le quiero!

LAV. *(Acercándose afectuoso.)* ¡Embustera!

ALF. *(Por el foro izquierda.)* Señora Marquesa...

RE. ¿Qué hay?

ALF. ¿La señora Marquesa recibirá aquí a los invitados o en el salón de tapices?

IRE. En el salón, en el salón. Pero ¿qué hora es?

ALF. Son cerca de las ocho, señora Marquesa.

IRE. (*Levantándose precipitada.*) ¡Dios mío! Y yo que no estoy vestida. Voy corriendo. ¡Oh! ¡Qué catástrofe! ¿Por qué le he escuchado a usted todo lo que me ha dicho? No, no... Ha hecho mal, muy mal.. No ha debido usted hablarme así en un día como hoy... ¡Teniendo que recibir a tanta gente!

LAV. (*Suplicante.*) ¡Irene!

IRE. Se lo juro a usted. Yo no sé si sería capaz de llegar a quererle a usted algún día, pero en este momento, ¡le odio! (*Vase* IRENE *primera izquierda.*)

ESCENA IX

LAVAL, ALFONSO; *luego*, ROGELIO

LAV. ¡Vamos!... ¡Ya la he oído una frase agradable! (*A Alfonso.*) Alfonso, ¿dónde está el señor Fleuriot?

ALF. ¡No lo sé, señor Conde! Salió con el señor Filosel. ¡Es posible que se hayan ido a tomar un aperitivo!

LAV. Pues mire usted, puede que no se equivoque. (*Viendo a* ROGELIO, *que llega por foro izquierda, con el gabán puesto y el sombrero en la mano.*) ¡Ah! Aquí viene. ¿Qué tal, mi querido amigo?

ROG. ¡Ah, señor Conde! Cuánto celebro verle. Tengo que hablar con usted en seguida, pero en seguida. (*Se va* ALFONSO.)

LAV. ¿Qué sucede? Está usted nervioso.

ROG. Señor Conde, yo no quiero cenar aquí esta noche.

LAV. ¿Por qué?

ROG. Porque no tengo gana.

LAV. Bueno... Eso será una broma.

ROG. No, señor, no... Es en serio. Mire usted. He salido para acompañar al señor Filosel. De pronto, he visto la hora, y he dicho: no hay más remedio hay que volver... Pero al pasar ahora por el co-

medor y ver la mesa.., mi sitio.., los salones iluminados... ¡Oh, no puede ser!.. ¿Yo ahí? Para que me presenten a un señor Pretendiente que quiere ser Rey... ¿No ven ustedes que voy a estar en ridículo?.. Yo... Rogelio Fleuriot en medio de... ¡Imposible!... ¡Nada, nada..., señor Conde! ¡No quiero cenar aquí esta noche! Usted es un buen amigo nuestro... ¡Sálveme usted! ¡Invente algo, por Dios!

LAV. Amigo mío... Piénselo usted bien.. La cosa es grave... Esa determinación, quince minutos antes de sentarse a la mesa... Una muerte repentina, es lo único que podría justificar su ausencia...

ROG. ¡Preferiría que inventara usted otra cosa!

LAV. ¡Irene se pondrá furiosa!

ROG. ¡Bah! ¡Mañana me perdonará..!

LAV. No lo crea usted...

ROG. !Pues que no me perdone..! ¡Me es igual!

LAV. ¿Qué dice usted?

ROG. Lo que usted oye... Sí... Sí... Ya sé lo que va usted a decirme. Que soy su futuro esposo... Es verdad. Pero... ¡Mírela usted a ella! ¡Míreme usted a mí! Convénzanse ustedes de que no puede ser mi esposa. ¿O es que nos hemos vuelto locos?... Comprendo que le doy a usted un disgusto, porque usted ve con buenos ojos mi matrimonio.. ¡Pero es absurdo.., absurdo! Usted es un buen amigo. Además, la Marquesa le escucha a usted. Usted podría quitarla esta idea de la cabeza. Yo voy a estar en ridículo... Ella, también... ¿Cómo es posible que no lo vean ustedes? ¡Yo lo veo tan claro!

LAV. En fin, yo le prometo hacer cuanto pueda. Yo comprendo lo que le pasa. Nuestra sociedad no le atrae... Nosotros, le aburrimos.

ROG. ¡Eso es, sí, señor...! ¡Es decir, no..., perdone usted!

LAV. No trate usted de arreglarlo. ¿Para qué? Si ya le

he dicho que lo comprendo todo... Váyase usted.. Pero pronto... Yo inventaré algo para disculparle.

ROG. ¿Sí? ¡Oh! ¡Gracias, señor Conde, gracias!... ¡Yo he encontrado personas serviciales en mi vida.., pero como usted, ninguna! Crea usted, que le quedaré eternamente reconocido.

LAV. No me lo agradezca usted tanto.

ROG. ¿Cómo que no? Ya lo creo... ¡Es usted mi Providencia!

ALF. *(Dentro. Anunciando.)* ¡Los señores Marqueses de Volny!

ROG. *(Aterrado.)* ¡Ya están ahí! ¡Dios mío! ¡Ya están ahí!...

LAV. ¡No se asuste usted, hombre!.. Salga usted por aquí... *(Indicándole la puerta de la derecha.)* ¿Qué? ¿Le gusta a usted volver a Nancy?

ROG. Sí, señor... Aunque me parece que me voy a aburrir mucho... ¡Ya se ha acabado la Feria! Adiós, señor Conde... *(Vase.)*

ESCENA XIII

LAVAL, *el* MARQUÉS; *luego,* IRENE.

ALF. *(Dentro.)* ¡La señora Duquesa de Malpret!

MAR. *(Entrando foro izquierda.)* Hola, Conde... ¿Dónde está mi hija?

LAV. Acabando de vestirse...

MAR. ¿Está usted seguro? ¿No se la ha ocurrido hacer de repente otro viajecito? Porque tiene esa mala costumbre. Sobre todo, cuando invita gente a cenar...

LAV. Tranquilícese usted. Esta noche está aquí.

MAR. Menos mal. ¿Y mi futuro yerno? ¿Se ha vuelto a poner los guantes blancos?

LAV. ¡Ah! No. El señor Fleuriot acaba de marcharse.

MAR. ¿No cena con nosotros?

LAV. ¡No, señor!

MAR. ¡Hombre! Eso tiene gracia. Tiene gracia, pero es molesto... ¡Una comida que se da para hacer su

presentación! ¿Qué le vamos a presentar al Conde de Valandrí?

LAV. ¡Lo ignoro! El señor Fleuriot, se fué y no volverá.

MAR. ¿Que no volverá? ¿Ya no hay boda? Mire usted. Eso es mejor. Y... ¿quiere usted que le diga lo que se me está ocurriendo? ¿Por qué no ocupa usted la vacante? Así se arreglaría todo.

LAV. Me parece un poco prematuro...

MAR. Bien, bien. Entonces, esperaremos. (IRENE, *por primera izquierda, entra elegantísima: vestido de soiree y adorno de perlas en la cabeza.)* ¡Ah! Por fin. Ya estás aquí.

IRE. ¿Qué quieres, papá? Me he retrasado un poco.

MAR. No lo digo por eso. Lo esencial es que estés aquí. Anda, vamos. Los Malpret y los Volny, esperan. (*Vase el* MARQUÉS *foro izquierda.*)

IRE. Voy, voy corriendo. *(Se dirige al foro.)*

LAV. (*Suavemente.*) Irene... (*Irene se detiene.)* ¡Rogelio... ha huído!

IRE. *(Dolorosamente.)* ¡Ah!

LAV. Sí. En el último momento le ha dado miedo. Este lujo. Este banquete... Todo ese mundo... El pobre muchacho estaba temblando de pánico. ¡Y se ha escapado!

ALF. *(Dentro anunciando.)* ¡Los señores Marqueses de La Tur! (Tour)

LAV. ¡No volverá!

IRE. *(Dolorosa.)* ¡Ah!

ALF. *(Dentro.)* ¡El señor Conde de Valandrí!

IRE. ¡Dios mío!

LAV. ¡Animo, Irene! (*Pausa.)* Si usted supiera, Marquesa... ¡qué linda está usted esta nocne!

IRE. *(Se domina y sonrie tristemente.)* ¿De veras? ¿El adorno de cabeza no es un poco atrevido?

LAV. ¡Es un encanto!

MAR. *(Entrando rápidamente.)* Vamos, Irene. ¡El Conde de Valandrí acaba de llegar!

IRE. Sí, sí, papá. Voy.

MAR. Pero ¿qué tienes? ¿Has llorado?

IRE. No, no es nada, papá. Una hermana mía que se acaba de morir.

TELON

OBRAS DE JOSE JUAN CADENAS

Inés de Castro o reinar después de morir», refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó*

El trágala», zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original.*

La Walkyria», versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner.*

Las violetas», boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolora», juguete cómico en un acto y en prosa.*

El famoso Colirón», zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso.*

El primer pleito», comedia en tres actos y en prosa.*

Género chico», humarada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso.*

El delirio dominical», humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso.*

La tragedia de Pierrot», zarzuela en un acto, dividida en tres cuadros, en verso.*

El conde de Luxemburgo«, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas», opereta en tres actos.

¡¡Al fin solos..!!», juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa.*

La mujer divorciada», opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo», opereta en tres actos.

Princesitas de dollar», opereta en tres actos.

Los molinos cantan...», opereta en tres actos.

Los húsares del Kaiser», opereta en tres actos.

Mis tres mujeres», opereta en tres actos.*

Petit café», comedia en tres actos, de Tristán Bernard.

Los inmortales», comedia en cuatro actos, de Flers y Caillavet.

La toma de la Bastilla», comedia en cuatro actos.

La alegría del amor», fantasía lírica en un acto, música de H. Berény.*

Las píldoras de Hércules», opereta en tres actos.*

¡A ver si cuidas de Amelia!» opereta en tres actos.*

El príncipe Carnaval», fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde.

El señor Juez», comedia en cuatro actos.*

«Mi tía Ramona», comedia bufa en tres actos.
«Mi amiga», humorada en tres actos.*
«La loca aventura», comedia en tres actos.*
«El capricho de las damas», vodevil en tres actos, música de
maestro Straus.*
»La mujer ideal», opereta en tres actos.*
«Los trovadores», comedia lírica en tres actos, música de lo
maertros Calleja y Foglietti.*
«El abanico de la Pompadour» vodevit en tres actos.*
«La reina del cine», opereta en tres actos.*
«La bella Riseta», opereta en tres actos, dividido en un pró
logo y cuatro cuadros, música de Leo Fall.*
«El amor en automóvil», vodevil en tres actos.*
«El último mosquetero», vodevil en tres actos.*
«La dama blanca». opereta en tres actos.*
«La princesa loca», opereta en tres actos.*
»La araña azul», vodevil en tres actos.
«Los alegres maridos de Maxim's», vodevil en tres actos, mu
sica del maestro Calleja.*
«La duquesa del Tabarín», opereta en tres actos.*
«El millón.»*, juguete en tres actos.
«La danzarina de Cracovia«, opereta en tres actas.*
«La Corte de los Gorrones».*
«Pantina», comedia en tres actos.
«Un contrato leonino», comedia en tres actos.*
«El príncipe Carnaval», revista en tres actos.
«El príncipe se casa», revista en tres actos.*
«Los claveles rojos», opereta en tres actos.*
«El As», vodedil, con música, en tres actos.*
«La noche roja».
«Las amorosas«, comedia lírica en tres actos.*
«El ministro Girolán», vodevil con música, en tres actos.*
«Dedé», juguete cómico-lírico en tres actos.*
«La Bayadera», opereta en tres actos.*
«Teodoro y Compañía», vodevil en tres actos, música de
maestro Guerrero.
«¡Béseme usted!», comedia en tres actos.
«Después del amor», comedia en cuatro actos.*
«Seis personajes en busca del divorcio* juguete lírico en tres
actos.*
«¡Yo pecador...!», juguete en tres actos.*
«El jardín encantado de París», revista de espectáculo, en
tres actos.
«Madame Pompadour», opereta en tres actos.*
»El collar de Afrodita», orereta bufa en tres actos.*

«La danza de las Libélulas», opereta en tres actos.*
«El país de la sonrisa», opereta en tres actos.*
«El novio de mi mujer», opereta en tres actos.*
«El señor cura y los ricos», comedia en cinco actos.
«Katja, la bailarina», opereta en tres actos.*
«El amigo Venancio», juguete en tres actos.*
«El señor Cero», vodevil en tres actos.*
«Pensión Valdivia», juguete cómico en tres actes.*
«La reina del *D*irectorio», zarzuela en tres actos.
«Mi mujer es un gran hombre», comedia en tres actos.
«Mi padre no es formal», comedia en tres actos.
«El automóvil del Rey», comedia en tres actos.
«Mi hermana Genoveva», comedia en tres actos.

(*) En colaboración.

OBRAS DE ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

«La modelo», diálogo en escenas (agotada).
«Géneros del Reino», revista cómica en un acto.
«¡Miedo!...», cuadro de costumbres catalanas.
«¡No lo verán tus ojos!», comedia en tres actos.
«La noche del baile», juguete cómico en un acto.
«Arsenio Lupín», comedia en tres actos (agotada).
«Nick Carter», melodrama en seis actos.
«El señor Juez», vodevil en cuatro actos.
«La loba aventura», comedia en tres actos (cuarta edición)»
«Los trovadores». comedia lírica en tres actos.
«La bella Riseta», opereta en tres actos (tercera edición).
«El panal de miel». farsa cómico-lírica en dos actos.
«La reconquista», vodevil en tres actos (segunda edición).
«Bridge», comedia en tres actos.
«El diablo», comedia en tres actos.
«El segundo marido», vodevil en tres actos (cuarta edición).
«El tiburón». farsa cómica en dos actos.
«El grano de arena». vodevil en tres actos.
«Las superhembras», comedia en tres actos (quinta ediciún).
«¡Tío de mi vida!», juguete cómico en tres actos (tercera edición.
«La melindrosa», sainete lírico en un acto.
«El país azul», fantasía cómico-lírica en un acto (tercera edición.)
«El amigo de las mujeres», comedia en tres actos.
«Pasa el lobo», drama en tres actos.
«Que no lo sepa Fernanda», vodevil en tres actos (sexta edición.
«La extraña aventura de Martín Pequét», comedia en cuatro actos.
«El tiempo de las cerezas». comedia en tres actos.
«El hombre de las diez mujeres», comedia en tres actos.
«El convenio de Vergara», juguete cómico en tres actos (segunda edición.)
«Apaches (Mon homme)», drama en tres actos.
«Teresita», comedia en tres actos.
«Un hombre encantador», comedia en tres actos.
«Nosotros te salvaremos», comedia en tres actos.

na mujercita seria», comedia en tres actos (tercera edición.)
espués del amor», comedia en cuatro actos (segunda edición)
amá es así», comedia en tres actos (segunda edición.)
a perla azul», comedia en tres actos.
os hombres guapos», monólogo cómico.
a carrera», comedia dramática en cuatro actos.
a Emperatriz Mesalina», opereta en tres actos.
boulette», opereta en tres actos.
oderoso caballero...», comedia en tres actos.
viaje infinito», comedia en tres actos (tercera edición.)
uiñitos», comedia en tres actos.
dúo de Manón», comedia en tres actos.
i mujer es un gran hombre», comedia en tres actos (tercera
dición.)
i padre no es formal», comedia en tres actos.
automóvil del Rey», comedia en tres actos.
hermana Genoveva», comedia en tres actos.

---

antigua Roma», sonetos (agotada.)
scabeles de oro», poesías (agotada.)

PRECIO: 3 PESETA